

Universidad Andina Simón Bolívar

**Estrategias de etnicidad: el caso de Don Leandro
Sepala y Oro, cacique de Licán del siglo XVIII**

Maestría de Estudios Latinoamericanos,
mención Cultura

Juan Carlos Morales Mejía

Al presentar esta tesis como uno de los requisitos previos para la obtención de grado de Magíster de la Universidad Andina Simón Bolívar, autorizo al Centro de Información o a la Biblioteca de la Universidad para que esta tesis sea un documento disponible para su lectura, según las normas de la Universidad.

Estoy de acuerdo en que se realice cualquier copia de esta tesis dentro de las regulaciones de la Universidad, siempre y cuando esta reproducción no suponga una ganancia económica potencial o atente contra los derechos de autor.

También cedo a la Universidad Andina Simón Bolívar los derechos de publicación de esta tesis o partes de ella, manteniendo mis derechos de autor hasta un período de 30 meses después de su aprobación.

Atentamente

Juan Carlos Morales Mejía

15 mayo de 2000

Universidad Andina Simón Bolívar

**Estrategias de etnicidad: el caso de Don Leandro
Sepa y Oro, cacique de Licán del siglo XVIII**

Maestría de Estudios Latinoamericanos,
mención Cultura

Juan Carlos Morales Mejía
Tutora: Catherine Walsh

ABSTRAC

Esta tesis pretende ser una aproximación a la estrategia de etnicidad utilizada por Don Leandro Sepla y Oro, cacique de Licán, a finales del siglo XVIII y de allí entender los diversos escenarios y actores sociales de la época Colonial, en la región de Chimborazo, en Ecuador.

Además, se analizará las consecuencias y las diversas lecturas que sobre este personaje se han realizado y cómo han incidido a través del tiempo, como la entrevista que tuvo con Humboldt y sus posteriores interpretaciones. Al colocar la matriz de la estrategia de etnicidad se ha pretendido realizar otra interpretación, a diferencia de la historia tradicional de Riobamba. Una historia que, al parecer, se construye según las visiones particulares de hacer la Historia regional; otras veces, las relaciones de los diversos actores muestran más que juegos de poder: la interminable disputa por prebendas personales en desmedro de sus propias comunidades.

De cierta manera, las diversas máscaras que utilizara Sepla y Oro y cómo las entendieron es parte fundamental para saber si la identidad puede ser construida. La teoría que mueve esta tesis se encuentra en hurgar el pasado colonial y entender los procesos que vive el Ecuador, donde nuevos caciques son intermediarios entre el poder y la comunidad, que dicen representar.

Esta tesis muestra las simulaciones que han sido parte de la armadura de un país llamado Ecuador, donde esas situaciones coloniales parecen perpetuarse...

RECONOCIMIENTO

La teoría de la tesis -estrategia de etnicidad- surgió de los cursos impartidos por Catherine Walsh que se complementaron con la visión de Rosemarie Terán Najas, quienes contribuyeron con sus enseñanzas para motivar una investigación sobre la época Colonial, que aún tiene mucho que decirnos.

Mas, el trabajo que realicé en Riobamba también fue apoyado por la Editorial Pedagógica Freire, representada por Carlos Freire, quien confió la realización de tres libros a propósito de los 200 años del Reasentamiento de la Villa, como son: *Riobamba: del Luterano al terremoto*; *Riobamba: la Villa peregrina* y *Riobamba: antiguos oficios*, los primeros aluden a Don Leandro Sepla y Oro, el cacique del siglo XVIII.

A todos mi reconocimiento y a ciertas horas en Sicalpa. Sin embargo, dejo constancia de los saberes que aprendí en la Universidad Simón Bolívar en la maestría de Cultura. A la incorporación de visiones para entender a este país de cóndores y alacranes.

INDICE

Justificación y planteamiento del problema	1
Marco temporal	6
El personaje	12
Fuentes	15
Descripción de capítulos	17
Capítulo I	
1.1 Caciques: Un puente a varios ríos	20
1.2 La estrategia de etnicidad como mecanismo de ascenso social	24
1.3 Un comportamiento que implica readecuar la identidad	34
1.4 La estrategia de etnicidad como una continuidad histórica	38
Capítulo II	
2.1 Estrategias étnicas y conflictos interculturales, a finales del XVIII, en Riobamba	47
2.2 Los indios disfrazados de mestizos	44
2.3 Los indios sublevados	48
2.4 Los hacendados despóticos	52
2.5 Los vínculos con la Corona	57
2.6 La comunidad de Licán	58
2.7 Los nuevos riobambeños	59
Capítulo III	
3.1 La estrategia de etnicidad como una invención de la tradición	63
3.2 Kolberg o el desmitificador de Humboldt	71
3.3 La visión indigenista sobre Sepla y Oro	79
3.4 Las consecuencias de la construcción de etnicidades	84
Conclusiones	88

JUSTIFICACION Y PLANTEAMIENTO DEL PROBLEMA

Hay un embate entre dos mundos que aún produce dentelladas. Se trata de lo ocurrido hace más de 500 años cuando las carabelas al mando de Cristóbal Colón avistaron las costas de un continente con otras maneras de ser nombrado. Esa América se continúa haciendo. Desde ese momento, el individuo andino continúa colocándose máscaras. Como si la identidad se construyera en la medida del ocultamiento.

Es como si en un momento un individuo –o una comunidad- decidiera pasar de una etnicidad a otra, según los intereses y aunque esto significara su propia negación. Así, en ciertas circunstancias un indio sometido a las mitas podía acudir a las ciudades y “disfrazarse” de mestizo. Muchas veces no había retorno.

Para la situación del Ecuador, donde existe una gran población de indios y mestizos, el problema de la identidad está en permanente construcción. Rastrear los símbolos y los mecanismos de esa movilidad étnica es el tema de esta tesis, que trata sobre el cacique de Licán, del siglo XVIII, Don Leandro Sepla y Oro.

Leandro Sepla y Oro nace en Licán, en la provincia de Chimborazo, en agosto de 1738 y muere en octubre de 1810. Durante sus 72 años siempre tuvo presente una idea: lealtad a la Corona española para conservar su legitimidad comunitaria. Como cacique esta situación era habitual porque debía moverse entre dos realidades diversas, pero él era más que una excepción.

Desde la época colonial –desde ese encontronazo entre los dos mundos- han existido diversas estrategias no solamente para ocultarse sino para legitimarse. Ahora, que el movimiento indígena ha conseguido una presencia política en el Ecuador resulta interesante analizar esas estrategias pasadas para entender cómo se producían los vínculos con el poder, muchas veces en desmedro de sus propias comunidades.

Son, al parecer, los escenarios y los tiempos los que han cambiado. Las maneras de acceder al

poder o confrontarlo también son parte de la construcción de una identidad demasiado frágil. Han sido esos mecanismos que ha utilizado el poder colonial –y lo continúa haciendo el poder actual- lo que ha provocado un país que no termina de encontrarse, ni de reconocerse. Y cuando se dice poder también está el emergente.

Muchas veces, como en el caso estudiado, la estrategia de etnicidad permitió la creación de imaginarios de lo que sucedía en América. Por ejemplo, tras la entrevista que tuvo el cacique Don Leandro Sepla y Oro con el viajero Alejandro de Humboldt, este último escribió un extenso relato de una región prodigiosa donde existían erupciones de siete años o salían peces por los cráteres volcánicos. Estas afirmaciones permitieron la llegada de más viajeros europeos que no tardaron en criticar a Humboldt y a quien lo había inspirado: Don Leandro Sepla y Oro.

El cacique Leandro Sepla y Oro, además, está presente en la memoria histórica regional y a propósito de la celebración de los 200 años del traslado de Riobamba, tras el sismo de 1797, su figura ha sido nuevamente interpretada. Y lo será otra vez cuando en el 2003 se conmemore los 200 años de la llegada de Humboldt a Ecuador, en varios actos que ya han comenzado pero que no pueden dejar por alto las implicaciones que produjo Don Leandro Sepla y Oro en el trabajo de este científico que también hay que desmitificar.

El cacique ocupa un lugar singular en la memoria histórica regional, en el caso de Riobamba, específicamente en la provincia ecuatoriana de Chimborazo, porque ha tenido diferentes lecturas desde el momento mismo de su participación al lado del poder español. Para algunos historiadores locales –como el caso de Alfredo Costales Samaniego- el cacique estuvo emparentado con los diversos linajes, tanto cuzqueños como del antiguo Reino de Quito. Y no sólo eso: los supuestos códigos que se le atribuyen constituyen la prueba fehaciente de una memoria que en la actualidad ha sido cuestionada.

Para otros, en cambio, el cacique fue una suerte de traidor que aprovechó su poder para buscar sus propias prebendas en desmedro de su propia comunidad. Hay quienes, en cambio, miran a Don Leandro Sepla y Oro como uno de los artífices de la reconstrucción de la nueva Riobamba, aunque no conste en los libros oficiales ni tampoco haya sido reconocido como sí lo fueron, por ejemplo, Lizaraburu.

Estas múltiples interpretaciones podrían llevar a pensar que no existe una visión objetiva para abordar el tema de este cacique y que es a finales del XX donde se produce nuevas visiones, merced a las celebraciones del reasentamiento de la urbe. Así, la Editorial Pedagógica Freire, que dirige Carlos Freire, ha presentado otras lecturas del cacique. De hecho, el autor de esta tesis escribió dos libros –*Riobamba: del Luterano al terremoto y Riobamba: la Villa Peregrina*¹- que contienen capítulos referentes al cacique de Licán. En ellos, básicamente, se aborda las consecuencias de la entrevista que tuviera Alejandro de Humboldt, en 1803, con Don Leandro Sepúlveda y Oro. Se trata de las críticas que el jesuita alemán Joseph Kolberg, hace a su compatriota a finales del XIX. Y algo más, Carlos Freire, ha pedido que se levante un monumento a la memoria del cacique, de cuyas tierras –que eran de sus descendientes- posee ahora este editor, fundador y dueño del diario La Prensa de Riobamba.

La importancia de los caciques coloniales radica en que debían moverse entre la esfera española y la indígena. Este hecho produjo que muchos aprovecharan esta situación para tener privilegios que de otra manera no habrían conseguido. ¿En cuál su mundo se quedaron? ¿Cuáles fueron las estrategias para moverse? ¿Qué consecuencias resultaron de esta aparente ambivalencia? Estas tensiones conformaron un nuevo tipo de sociedad y también significaron la adopción de nuevas identidades. Lo importante del estudio, entonces, radica en comprender cómo se produjo esa interculturalidad y cómo esos hechos pasados siguen pesando en la actualidad.

Sólo un dato: los dirigentes indígenas de inicios del XXI están empeñados en dotar de nuevas interpretaciones en sus procesos de construcción de identidades. En su proyecto de nacionalidades ahora buscan también que la supuesta nación Puruhá –a la que perteneció el cacique de Licán- tenga su propio imaginario.

Es como si la historia se escribiera según los intereses, como si los hechos pudieran acoplarse a las realidades presentes. Y en esto hay una larga experiencia como lo estudiado sobre

¹ Morales Mejía, Juan Carlos. *Riobamba: del Luterano al terremoto y Riobamba: la Villa Peregrina*. Editoria. Pedagógica Freire. Riobamba. 1998

Daquilema, un indígena que en el imaginario de los movimientos étnicos constituye un héroe aunque se ha demostrado que las circunstancias de su supuesta sublevación tiene otros matices.

La construcción de las etnicidades continúa latente. El Ecuador, un país de diversidades y ocultamientos, aún no ha resuelto aceptar al otro desde una perspectiva real. Y esto se comprueba en el caso del cacique Don Leandro Sepla y Oro quien fue despreciado en su época por ser “indio”, según la carta que el mismo escribiera al entonces presidente de la Real Audiencia, Barón Héctor de Carondelet.

Entonces, estudiar estas relaciones y tratar de comprender cómo continúan influyendo en el Ecuador actual es el interés de esta tesis: el país en permanente construcción aún tiene muchas máscaras colgadas en la pared.

El estudio de los caciques, además, permite entender las relaciones que tenían no solamente en la esfera española sino los puentes que tendieron entre sus propias culturas. Muchos de ellos, como se verá, pudieron trasladar su identidad –autodenominándose alternativamente como indios o mestizos- según los intereses del momento. Otros, sin embargo, no solamente que mantuvieron su status sino que lograron prebendas económicas. El caso de Sepla y Oro está signado por la época que le tocó vivir, es decir la crisis que padecía el poder colonial.

Esa tensión de los dos mundos produjo que los caciques –al encontrarse en la mitad- se inclinaran a un lado del fiel de la identidad y muchas ocasiones se sirvieron de las dos esferas para su propio provecho. Sería, sin embargo, falso señalar que hay un común denominador en el hecho de ser cacique porque la misma ambivalencia de las circunstancia y muchas veces las circunstancias hacían que tal o cual cacique se comportara de manera totalmente opuesta. Como se conoce, muchos participaron en las sublevaciones que ocurrieron a lo largo de la época colonial. ¿Qué papel jugaron en preservar la identidad de sus culturas? ¿Hasta qué punto su participación significó mantener unas relaciones donde el poder español no pudo franquear? Esto se deduce porque los conquistadores –desde los primeros tiempos- entendieron el papel fundamental que ocupaban los caciques para ser los artífices del proyecto colonial. Sin embargo, poco sabemos en el mundo en que se colocaron los caciques.

Esa interculturalidad no solo estuvo presente en la hispanización de los nombres de algunos

caciques sino también en la aceptación de las influencias ibéricas. Obviamente, que tanto españoles como indios ya no fueron los mismos en esa América que estaba gestando nuevas simbologías y representaciones. Mas, los caciques –al ser el puente entre los dos mundos- debieron en un momento elegir en cuál quedarse. Acaso, también, tuvieron sus pies en los dos lados.

MARCO TEMPORAL

La Audiencia de Quito a finales del XVIII había entrado en un proceso de amplias disputas entre los actores involucrados que hacían prefigurar el descalabro del antiguo orden, aunque los proyectos se sucedieran para mantenerlo, como el caso de las reformas borbónicas o la instauración de las Intendencias.

Esas disputas que no deben ser, acaso, miradas como preámbulos emancipadores, se trataron básicamente de tensiones entre la metrópoli y el poder en América pero también en un conjunto de elementos que desestabilizaron las antiguas relaciones con que se mantenía la Colonia: un profundo centralismo en desmedro de fortalecer políticas regionales que permitieran mejores condiciones de vida.

Nuevas fuerzas –como es el caso de los criollos- había configurado un nuevo tipo de tensiones que afectaban lo que fueron las relaciones cacicales con el poder español. De hecho, el cacique de Licán habría de tener problemas con los hacendados –como fue el caso de Martín Chiriboga- por disputas en los tributos que pagaban los indios. En la antigua Riobamba, por ejemplo, el funcionario Mariano Dávalos se negaría a aceptar el poder que el propio Barón de Carondelet había conferido a Sepla y Oro por su lealtad en aplacar las sublevaciones indígenas.

La aguda crisis que atravesaba la Audiencia de Quito se notó también en las escasas prebendas que pudo conseguir Sepla y Oro, tomando en cuenta lo que a su turno lograron los caciques del XVI, como Sancho Hacho, por ejemplo. De hecho, esa situación se vería reflejada en las sucesivas sublevaciones que vivió no solamente el centro de la Audiencia sino otras regiones. Por este motivo, el cacique de Licán tuvo, además, que enfrentar –con peligro de su propia vida- la defensa del poder colonial, sirviéndose incluso de su propia comunidad.

Las tensiones se producían en todos los frentes, como es el caso del cobro de tributos

demostraban que las disputas eran parte de las intrincadas relaciones y estratificaciones coloniales. Como señala Rosemarie Teán Najas² cuando se produjo el cambio dinástico (los Borbones por los Austria) las economías locales ya habían sufrido transformaciones cualitativas, propiciando el dinamismo interno necesario para que las élites coloniales pudieran retener una mayor porción del excedente americano. La adaptación que hizo la Corona a esos cambios fueron ajustar los lazos de dominación aunque debía enfrentarse a la penetración extranjera, que logró introducir sus productos en desmedro de las actividades productivas, “tales como la obrajera en el caso de Quito”.

Como señala Terán Najas, otro de los propósitos de las reformas era incrementar los ingresos fiscales en base a un manejo racionalizado de la Hacienda Pública. Esto, dice, estaba inscrito dentro de un proyecto administrativo más amplio que se vislumbró en las denominadas Intendencias, creado “para imponer un control metropolitano directo sobre los gobiernos provinciales americanos”.

Este ambicioso proyecto, a la larga, no pudo cumplirse por la resistencia de la vieja burocracia y los nuevos actores, lo que en definitiva demostró la debilidad en que se encontraba la Corona. La confusión administrativa como el cambio de corregimiento a gobernaciones, a finales del XVIII, o los conflictos entre la Iglesia –que detentaba un poder político y económico- con las élites- hicieron de este siglo un confuso panorama donde –para el caso estudiado- revelaron no solo las profundas contradicciones que había sino que modificaron los comportamientos de los caciques, que –obviamente- debían reacomodar sus intereses a las nuevas situaciones.

A finales del XVIII e inicios del XIX, la Audiencia de Quito habría de vivir un hecho notable, cuando la presidía el Barón Héctor de Carondelet. El proyecto de elevar a Capitanía –incluyendo el Gobierno de Panamá- significó un hecho importante en promover a los criollos en la búsqueda de una readecuación en torno a la metrópoli. El proyecto que tuvo el respaldo de la Sociedad Patriótica Amigos del país –donde se encontraban los futuros precursores de la

² Terán Najas, Rosemarie. *Sinópsis Histórica del Siglo XVII*. Nueva Historia del Ecuador, volumen 4, Epoca Colonial III, Corporación Editora Nacional, Editorial Grijalvo, 1991, pag 265.

Independencia- hace pensar en disputas de un poder centralizador que agobiaba a la Audiencia. Porque este proyecto también era una expresión de la situación de depresión que vivía la Audiencia por la disminución del comercio de textiles con el Perú.

Terán Najas se pregunta si estos intereses criollos fueron una expresión del conjunto. Y después señala que más bien se trató de un intento de monopolizar el comercio de textiles en el norte, con la apertura de la vía a Esmeraldas, por el camino de Malbucho, en desmedro de realizarlo como lo había propuesto José Vicente Maldonado, para que beneficiara a Latacunga y Riobamba.

“En la medida en que el proyecto de Carondelet no fue resuelto de un consenso entre las élites criollas, su valor reivindicatorio en el marco del pensamiento independentista debe ser reconsiderado”³. Para el caso de Sepla y Oro habría de ser vital el apoyo expreso del Barón de Carondelet cuando –así podría deducirse- el cacique de Licán se enfrentaba a esa vieja burocracia y a los hacendados despóticos.

Para el caso de Riobamba, como lo señala Bernardo de Darquea en su carta, la depresión que sufrieron los obrajes se tradujo en el empobrecimiento de la zona que no pudo contar, por ejemplo, con un proyecto de explotación minera, producto de las actitudes de sus élites para entender que la crisis había tocado fondo. Junto a las disputas por las migraciones indígenas de las mitas hacia los centros urbanos hay que sumar las múltiples catástrofes que padeció la antigua Riobamba, a lo largo de un siglo.

La situación de la Real Audiencia de Quito, al igual que el resto de colonial, había cambiado paulatinamente. Los cambios de política de la metrópoli, como lo hace notar Carlos Marchan⁴, permitieron que las colonias se articularan al poder de la metrópoli más que al propio mercado

³ Terán Najas, op. pag. 300

⁴ Marchan, Carlos. *Economía y Sociedad durante el siglo XVIII*. Nueva Historia del Ecuador. Epoca Colonial. Volumen Cuatro. Corporación Editora Nacional, Editorial Grijalvo, 1991.

colonial. Por este motivo, ese “equilibrio rico en desigualdades”⁵ queda roto. Las “reformas borbónicas” estaban encaminadas, además, a cambiar esa concepción de que en América Latina la mercancías eran únicamente el oro y la plata, por eso se procuró desarrollar las materias primas no minerales. Otra de las causas, que señala Marchan, está en la disminución del importante centro minero de Potosí lo que produce la desarticulación de los espacios económicos y la cohesión del mundo andino.

De allí que la Real Audiencia de Quito tiene un “recorte” en su producción textil y deja de integrarse al sistema colonial peruano. Todo esto produce un efecto: el desplazamiento de la economía de la sierra a la costa. A juicio de Marchan “existe un agudo desequilibrio de la estructura económica, reflejado en el reajuste del aparato productivo que ppasa a respponder a las necesidades de acumulación de riquezas por medio del comercio mundial antes que a un modelo de desarrollo hacia adentro”⁶

Entonces, se deja esa producción textil hacia adentro para dar paso a una economía que promociona ola agricultura de exportación en el litoral, merced a la política de los reyes Borbones. Sin embargo existe una visión de creer en un pretendido abatimiento de las manufacturas como la causa de la ruina de la agricultura, cuando existieronj reacomodos en la economía colonial que produjo nuevas interacciones y conflictos, donde la concentración de la riqueza agudiza los niveles de distribución y en consecuencia produce una mayor pobreza.

“En consecuencia, la miseria se propaga pero a costa de las mayores utilidades de los dueños de propiedades rurales; la baja de la producción textil ha convertido el sistema hacendatario en la principal fuente de acumulación de riqueza, cuyo horizonte mercantil no se ha anulado”⁷

Y aquí hay un punto clave para entender las disputas de Don Leandro Sepla y Oro con los hacendados criollos, en lo que se refiere al cobro de tributos. Como señala Marchan, un número significativo de indígenas se han trasladado de la comunidad a la hacienda, limitando el control

⁵ Halpering Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*, Madrid, Alianza Editorial, 1972, p. 18. Citado por Marchan.

⁶ Marchan Carlos, op. ppag. 239

de la fuerza de trabajo por parte de la Corona. A esto hay que sumar el crecimiento de indios denominados forasteros que huían para ocultarse en los centros urbanos. Por este motivo, el Estado español pretende censar a los indígenas para reconstruir ese poder que se le escapa; esto produjo múltiples sublevaciones a lo largo del callejón interandino. Esto, obviamente, produjo la reacción de hacendados e indios libres que veían en peligro sus intereses.

Después llegaría la supresión de la mita por parte de la metrópoli, en 1812, donde los terratenientes pasan a tener influjo directo sobre la fuerza de trabajo⁸. Es en este contexto que se desarrollan las acciones del cacique de Licán, en disputa con los hacendados y defendiendo lealmente los intereses de la Corona.

Por su parte los indios prefieren los fundos particulares que la vida en sus pueblos porque tras el regreso de las mitas se les imponen más cargas. Esto –y la sujeción voluntaria– permiten que el sistema de hacienda tome fuerza, aunque se formaría también un concertaje injusto.

Con las reformas borbónicas la Corona busca la recuperación del aparato productivo lo que crea descontento en los propietarios del callejón interandino, lo que en definitiva produce acciones como la sublevación de los barrios de Quito y la búsqueda de las élites de nuevos escenarios de poder. Este fraccionamiento de la Real Audiencia de Quito produce que en el caso de Riobamba se alteren las relaciones y nazcan nuevos actores y conflictos.

El punto crítico sucedió en 1797 cuando fue destruida por un terremoto que –al cabo de dos años y por decisión del Presidente Barón de Carondelet– tuvo que ser trasladada a las llanuras de Tapi. El aporte de Leandro Sepa y Oro habría de ser decisivo en el socorro de los sobrevivientes e incluso de la donación de los mejores terrenos de su propia comunidad.

La antigua Riobamba, aunque los historiadores tradicionales quieran verla de otra manera, estaba sumida en una profunda crisis antes del terremoto que la devastó. Se entiende, entonces, que para el caso de Licán la situación era difícil también porque ni siquiera su cacique logró mejorar sus ingresos, como era habitual en los caciques de otros períodos. Licán sirvió, según

⁷ Marchan, Carlos. op. pag. 255

⁸ Marchan, Carlos, op. pag. 256

las circunstancias, a las estrategias de su cacique para mantenerse probablemente lejos de los intereses de los hacendados despóticos. Contribuyó así a las constantes sublevaciones de otras comunidades indígenas y de esta manera se acomodó a los intereses de la compleja trama colonial.

EL PERSONAJE

El cacique-gobernador de Licán, Don Leandro Sepla y Oro, vivió en el crepúsculo de la época Colonial, hacia 1800, en las parcialidad de Licán e influencia en otros territorios –como Ibarra o Otavalo- por su actividad de cobrador de impuestos, según lo señala Segundo Moreno⁹, de cuyo trabajo se extrae esta biografía.

Don Leandro Sepla y Oro nació el 18 de agosto de 1738, como originario de la parcialidad de Macají. Hijo legítimo de Valentín Sefla –también consta como Zepla- y Esperanza Sefla y Guaiña y –según Sepla y Oro- descendiente del cacique gentil Charco Chimvo (sic).

La vida de Sepla y Oro se tradujo en una lealtad sin límites a la Corona española y una vigilancia recia a sus subordinados indígenas. De hecho, para 1764 se produjo un movimiento de subversión indígena y el entonces joven cacique se puso a favor de la Corona, incluso tuvo la diligencia de preparar la horca y –según sus declaraciones- lanzar piedras a los indios sublevados.

Desde esos tiempos, Sepla y Oro sintió el desprecio por parte de los blancos por su calidad de indio, situación que habría de repetirse en futuros acontecimientos. En efecto, los vecinos blancos despreciaron sus acciones que les beneficiaba enormemente, porque Sepla y Oro –pese a su apellido hispanizado- era un indio. Pero, al parecer, Sepla y Oro siguió su buen consejo y fue a recibir al Oidor Feliz del Llano, a quien asistió como palafrenero.

⁹ Moreno Yáñez, Segundo. *Don Leandro Sepla y Oro, un cacique andino de finales de la Colonia: estudio biográfico*. Contribución a la Etnohistoria Ecuatoriana. Colección Pendoneros, Banco Central del Ecuador, instituto Otavaleño de Antropología. Ediciones Abya-Yala. 1995

El desprecio de sus vecinos blancos tuvo su efecto. El 8 de marzo de 1764, el mismo año, se produjo un ataque indígena a la villa de Riobamba, pero Sepla y Oro tuvo el recato de permanecer como un simple espectador. Pero este hecho ocultaba otra realidad: Sepla y Oro dudaba de la lealtad del entonces cacique de Licán, Ventura Guaraca, quien se había pronunciado en contra del Oidor Felix de Llano. Esos hechos habría de guardarlos para posteriores acciones a su favor.

El año siguiente, el 17 de diciembre de 1765, ante el Escribano del Cabildo, Mateo Miguel Rosales, Don Lucas Sefla, anciano cacique de Macají, reducida en el pueblo de Licán, renunció a sus derechos cacicales a favor de su sobrino, Leandro Sepla y Oro, por no haber tenido descendientes.

Para 1779, el Presidente de la Audiencia, Josef García León y Pizarro, nombró a Don Leandro Sepla y Oro Cacique Gobernador del pueblo de Licán, al mismo tiempo de declarar como intruso a Don Marcos Gainalema, quien era el sucesor del anteriormente mencionado Ventura Guaraca, quien había estado a favor de las sublevaciones indígenas y, acaso, por este motivo haya sido separado de su cargo. Las designaciones cacicales en la tardía colonia no tenían, muchas veces, en cuenta la posición hereditaria del individuo sino también su lealtad a la Corona, por este motivo –sin negar la pertenencia a una familia cacical- Moreno hace notar que su designación tuvo que ver como premio a sus faenas para descubrir indios ocultos. Esto se debe a que muchos indios optaron por disfrazarse de mestizos para así eludir la carga tributaria o el trabajo en las mitas. De allí se explica que Sepla y Oro tenga injerencia en otras regiones, como Ibarra o Otavalo, donde acudió para descubrir a los indios que se ocultaban en los centros urbanos.

Por este motivo, Moreno hace notar también que el cargo de cacique de Licán no la obtuvo como herencia directa sino como recompensa de sus servicios a la Corona. De allí, que es probable que el verdadero intruso haya sido Sepla y Oro y no Ventura Guaraca, quien cayó en desgracia por el apoyo implícito a los sublevados.

El otro punto importante en la vida de Sepla y Oro constituyó su importante ayuda después del terremoto que padeció la antigua Riobamba, en 1797. Junto con su comunidad no sólo que ayudó a los sobrevivientes sino que protegió la acequia de agua, pagando de su propio peculio a

los cuidadores. Por estos servicios fue nombrado, por dos años consecutivos, como Alcalde Mayor de Indios del Cabildo de Riobamba, donde trabajó para reducir a los indios que se hallaban dispersos, valiéndose de la doctrina cristiana. Además de proporcionar los mejores terrenos de su propia comunidad a los sobrevivientes del terremoto también contribuyó para la restauración de la iglesia.

La actitud leal a la Corona, como lo señala Moreno, tanto en la colaboración con las autoridades regionales en la pacificación de los sublevados en 1764, 1778, 1803, así como los servicios para la reconstrucción de Riobamba, le valió la designación de Regidor Perpetuo del Cabildo de Riobamba, en 1805, realizada por el Barón Héctor de Carondelet, en reconocimiento a sus servicios para aplacar las sublevaciones de Guamote y Columbe, por lo que se le concedió tres caballerizas de tierra.

Sepla y Oro es un actor fundamental del proceso porque permite investigar sus comportamientos con otros actores sociales: indios forasteros, indios sublevados, esfera española, poder criollo, poder hacendado e incluso su entrevista con el científico Alejandro de Humboldt, en 1803, a quien cuenta sobre unos supuestos manuscritos que pertenecen a sus ancestros precolombinos y merced a este relato Humboldt escribe sus notas científicas incluyendo las visiones que después tacharían como fantasiosas científicos como Caldas, Kolberg, Wolf y en el mismo XIX los viajeros Alphons Stübel y Wilhelm Reiss. Todos ellos rechazaron las versiones de Humboldt que fueron contadas por Sepla y Oro y que incidieron en la concepción que se tenía sobre América. De allí la importancia del estudio del Cacique de Licán porque permite presuponer que la estrategia étnica puede también servir para la construcción de identidades reales o supuestas. De allí que el cacique de Licán tuviera disputas con el poder criollo de Riobamba que también es una problemática donde el acceso a la tierra es fundamental. De hecho, el Estado colonial requiere tender los lazos con la fragilidad comunitaria indígena y en esta situación Sepla y Oro cumple un papel fundamental.

FUENTES

Para realizar un acercamiento a la problemática de la estrategia de etnicidad ha sido fundamental los trabajos realizados por los estudiosos holandeses en Etnicidad como estrategia para América Latina y el Caribe¹⁰ y como fuentes secundarias el estudio biográfico de Segundo Moreno Yáñez, sobre el Cacique de Licán¹¹. Por ello esta tesis debe ser entendida como un aporte interdisciplinario y no como una tesis histórica, aunque se ha efectuado el estudio de varios documentos de la época.

Es, entonces, una relectura de la información sobre el Cacique para entender –desde la estrategia de etnicidad- la dinámica en que estuvo inmerso Sepla y Oro.

La tesis también realiza una exploración de cómo se leyó después la figura del cacique, por ejemplo como lo hizo Alfredo Costales Samaniego¹², al comparar su linaje precolombino con los antiguos dioses griegos. Todo esto hace suponer que, como se ha dicho, la estrategia de etnicidad tiene un carácter dinámico. Por este motivo, el propósito del texto de Baud es la etnicidad como una realidad construida, con una historia que hay que reconstruir, en la que se puede apreciar cierta intencionalidad.¹³

Y eso es precisamente, una intencionalidad, lo que trataría de probar Costales cuando construye una figura emparentada a los supuestos linajes de Cuzco o Purúhaes cuando en

¹⁰ Baud, Michel; Koonings, Kees; Oostindie, Gert; Ouweneel, Arij; Silva, Patricio. *Etnicidad como estrategia en América Latina*. Ediciones Abya Yala, Quito, Ecuador, 1996.

⁶ Moreno Yáñez, Op.

¹² Costales Samaniego, Alfredo. *Leandro Sepla y Oro, Curicela (1734-1810)*. Boletín de Informaciones Científicas Nacionales, No. 115. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1983

¹³ Baud. Op. Pag 22.

realidad el nombramiento de Cacique –para finales del XVIII- no tomaba muy en cuenta estas ascendencias. En el caso de Sepla y Oro su designación tuvo que ver con los "servicios" que prestó a la Corona. Esa realidad construida también está, como se dijo, en los propios indios forasteros que perseguía Sepla y Oro, quienes por medio de la migración debilitaron el poder Colonial y, evidentemente, crearon las bases para el Ecuador actual.

Por eso el estudio de estas fuentes que reconstruyeron la historia del cacique de Licán. Otra de las obras consultadas está el amplio trabajo del alemán Joseph Kolberg¹⁴, quien desmitifica lo aceverado por Alejandro de Humboldt, tras la entrevista con Sepla y Oro. De igual manera un estudio de los viajeros del siglo XIX, que nos muestran una visión diferente de la historiografía realizada en aquella época desde la esfera española.

Para completar este análisis ha sido menester acudir a los trabajos efectuados en la época reciente que explican, por ejemplo, cómo era la sociedad de Riobamba. Un estudio vital ha sido el realizado por Rose Marie Terán Najas¹⁵, como coordinadora del equipo que estudió a Riobamba y las consecuencias del terremoto de 1797.

De igual manera ha sido importante el trabajo de Karen Power¹⁶, que nos aproxima a las estructuras cacicales y las consecuencias de las migraciones. Además, del trabajo de análisis realizado por Freile y Paladines¹⁷, del estudio de Cartas Riobambenses, escrita por Eugenio de Santa Cruz y Espejo, que muestra de una manera particulara las fisuras y confrontaciones de aquella época.

En esta tesis han existido múltiples aportes de estudiosos que han interpretado la historia del siglo XVIII y XIX y aquellos que han teorizado sobre esa problemática que es la etnicidad, cada

¹⁴ Kolberg, Joseph. *Hacia el Ecuador, relatos de viaje*. Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Abya-Yala. 1998.

¹⁵ Terán Najas, Rosemarie, coordinadora. *Historia de la Villa de Riobamba*. Banco Central del Ecuador, 1986.

¹⁶ Powers Vieira, Karen. *Prendas con Pies, migraciones indígenas y supervivencia cultural en la Audiencia de Quito*. Biblioteca Abya-Yala 3. Quito, 1994.

¹⁷ Espejo de Santa Cruz, Eugenio Francisco. *Defensa de los Curas de Riobamba*. Invesigación, introducción y notas de Carlos Freile Granizo, con la colaboración de Carlos Paladines. Archivo Municipal de Historia, Quito, 1997.

uno de ellos han permitido que este trabajo sea enriquecido, como el caso de Ernesto Salazar.¹⁸

DESCRIPCION DE CAPITULOS

El primer capítulo se acerca a la situación de los caciques en la época colonial y da ejemplos de cómo algunos utilizaron el factor étnico para influir en sus comunidades o en la esfera hispánica.

El proceso de colonización española significó para las comunidades nativas la readecuación de su sistema y la utilización de estrategias de sobrevivencia, muchas de ellas en poder los señores étnicos, quienes no solamente fueron los intermediarios entre dos mundos sino que –a veces- eligieron uno para quedarse.

Pese a las transformaciones que se produjeron tras la llegada de los españoles muchas de las instituciones nativas tuvieron que realizar diversos mecanismos para acoplar sus intereses tanto en la esfera indígena como la española. Quienes estuvieron en medio de ese proceso fueron los caciques, quienes sirvieron de intermediarios entre esos dos mundos.

Lo vital de los caciques es que tuvieron que colocarse en la mitad de las dos orillas para servir de puente, aunque para muchos esa situación redundó en un beneficio personal.

En el capítulo también se analiza cómo la estrategia de etnicidad ha servido, a lo largo de la época colonial, como un mecanismo de ascenso social, como el caso de los caciques de

¹⁸ Salazar Ernesto. *Entre fábulas y mitos, el Ecuador aborigen*. Corporación Editora Nacional. 1998.

Quisapincha, investigados por Cruz.¹⁹

En otra punto del capítulo se estudia cómo esa estrategia de etnicidad, en cierto momento, puede significar la readecuación de la identidad y no solamente en la utilización de los nombres de manera hispánica. Por eso, más adelante, -siguiendo el tema de los caciques- se detalla cómo los caciques desde el siglo XVI al XIX han utilizado esa mediación para sustentar su poder pero también para dinamizar las demandas del poder español.

En el capítulos dos se inicia con un acercamiento a los conflictos interculturales que existía en Riobamba, a finales del XVIII, como es la comunidad, los hacendados, los criollos, los indios forasteros, entre otros. A partir de esta descripción se analiza cada uno de ellos y el papel que el cacique Sepla y Oro desempeñó para explicar las diversas estrategias étnicas. Es por eso que consta, además, su relación con el poder español para apoyar en contra de los indios sublevados. De igual manera, se analiza las confrontaciones que tuvo con los hacendados despóticos por el cobro de tributos pero también en la desfensa de su comunidad, o de sus intereses.

Una parte importante de este capítulo son los vínculos que Sepla y Oro tuvo con la Corona española, al punto que el propio presidente de la Real Audiencia, le concedió tres caballerizas de tierra en premio a sus esfuerzos para evitar las sublevaciones indígenas de Guamote y Columbe. Después de mostrar la problemática de la comunidad de Licán, este capítulo analiza los intereses de los nuevos riobambeños -tras el sismo de 1797- y porqué no reconocieron la invaluable ayuda del cacique Sepla y Oro.

Al poner en escena los intereses de estos personajes se puede entender que las disputas de poder era sólo uno de los motivos para sus desaires con el cacique indio.

En el capítulo tres, la categoría estrategia de etnicidad sirve para presentar la teoría de cómo el cacique de Licán realiza lo que se ha denominado una invención de la tradición, tras su entrevista con Alejandro de Humboldt. Siguiendo a los estudiosos holandeses, se muestra cómo estas construcciones pueden generar -como así sucedió- una idea distorsionada, por ejemplo, de

¹⁹ Cruz Zúñiga, Pilar. *Caciques “astutos y machinosos”: Resistencia y adaptación indígena en Quisapincha, siglo XVII*. Tesis de Grado. Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Historia. Pontificia Universidad católica del Ecuador. 1996

la situación volcánica. Pero no solo eso, los historiadores tradicionales han querido ver a Sepla y Oro como la cúspide de los pueblos cuzqueños y puruhaes y no han duda que los supuestos códigos existieron. Estas fabulaciones, analizadas también por Ernesto Salazar, han provocado consecuencias en el proceso identitario.

Tras analizar la dura crítica de Joseph Kolberg en contra de Humboldt, el capítulo investiga la construcción de etnicidades como un proceso muchas veces para readecuarse por intereses de diversa índole. En el caso de Sepla y Oro se analiza las consecuencias que tuvo esa alianza sin tregua con el poder español.

CAPITULO UNO

La estrategia de etnicidad: readecuación según el interés

1.1 Caciques: un puente a varios ríos

La estrategia de etnicidad se produce cuando un grupo social entra en conflicto con otro. Y esto es lo que sucedió con la llegada de los conquistadores a América. De hecho, muchas de las prácticas étnicas surgen como la posibilidad de obtener recursos o enfrentar al poder dominante. En esta dinámica, desde el siglo XVI los caciques se convirtieron en los enlaces entre la república de los indios y la de los españoles. Esta fue una práctica social histórica pero dependió de la época y del cacique para inclinar su balanza en la defensa de su comunidad o aliarse a la esfera española, en contra de los intereses comunales y a favor del suyo propio. De hecho, el régimen colonial impuso nuevas prácticas y reordenamientos a las tradicionales relaciones de los señores étnicos con sus comunidades.

Cruz refiere que en general, las investigaciones de este proceso han enfatizado el carácter ambivalente y un tanto mecánico que lo rige, al considerar implícitas en las

acciones que ejecutaron los señores étnicos, lo que han denominado "doble legitimidad"²⁰.

En el primer caso, en la esfera española, era cobrar tributos y cumplir las leyes de las autoridades y en el segundo, consistía en dotar a su comunidad de una protección de sus bienes, además de las obligaciones distributivas. Muchas ocasiones, sin embargo, la utilización del cacicazgo sirvió para un uso personal, como el caso estudiado por Cruz sobre el cacicazgo de Quisapincha en el siglo XVII. El estudio que propone –de la familia Punima- muestra la colaboración, hispanización y proximidad a la esfera española "de que hacen gala estos señores étnicos".

La utilización estratégica de estos caciques exitosos de Latacunga había, según Cruz, implicado la asimilación constante de valores y normas de prestigio hispanos, que a largo plazo lo transformaron en un explotador más. En este sentido Cruz refiere que el deterioro y erosión de las autoridades étnicas, conforme se asimilaban a la sociedad hispano-mestiza, fue aumentando al incrementarse la presión sobre los recursos comunales. Esto provocó que los caciques no podían salvaguardar más los intereses comunales.

En el estudio de Cruz se comprueba, por ejemplo, como Juan Punima, el Mozo, utiliza su condición de mestizo para pasar de la esfera indígena a la española según su conveniencia, como una clara muestra de estrategia étnica, algo que sería habitual en muchos caciques del XVIII²¹.

El Cacique de Licán se comportaba como un cobrador de tributos pero se mantenía en una dinámica que incluía el adoctrinamiento cristiano a los niños y enfrentamientos en la defensa de su comunidad, a la vez que una lucha contra los indios sublevados. Esa "lealtad" a la Corona fue siempre dinámica, durante diversos momentos de la Colonia.

Moreno Yáñez, en cambio, señala que durante el Incario el cacique o curaca

²⁰ Saignes, Thierry, *De la borrachera al retrato: los caciques andinos entre dos legitimidades*. (Charcas), en *Revista Andina*, Año 5, No 1, Cusco, 1987, op. cit., p 139-161, citado por Pilar Cruz, p. 19

²¹ *Ibid.* op. cit., p. 24

mantuvo facultades como centralizador de los recursos comunitarios, pero se convirtió progresivamente, como sujeto a las instancias de la administración cuzqueña, en el intermediario entre el Estado y la colectividad aborigen. "Según la legislación española, dice, los curacas, como jefes de las comunidades, y sus hijos mayores o primogénitos estaban exentos del tributo y servicio laboral por turnos, conocido bajo el nombre de "mita", y su posición legal, como nobles indígenas, era equivalente a la hidalguía en España"²².

Después de demostrar su ascendencia y reconocimiento como cacique, éste podía acceder a similares privilegios del poder colonial: usufructuar a su propia comunidad y hasta percibir ciertos tributos. De allí, como señala Moreno Yáñez, algunos caciques se convirtieron en terratenientes, con derecho a utilizar "mitayos" en la labranza de sus campos, realizaban transacciones mercantiles con los españoles y se aprovechaban de parte de las ganancias producidas por los obrajes de comunidad.

Los caciques tomaron conciencia que el nuevo orden colonial les permitiría no solamente réditos personales sino que –ante su propia comunidad- podrían legitimar un poder tradicional nada despreciable, porque de esta manera accedían también a privilegios económicos y de decisión sobre los acontecimientos. De allí, que desde temprano, los caciques fueron aliados indiscutibles del poder peninsular –muchas veces- en contra de los propios intereses de su comunidad.

Sin embargo, en el caso estudiado, se encontraba en un momento histórico diferente: a finales del XVIII. Karen Spalding²³ señala que "en el siglo XVI el kuraka vendía el trabajo de los miembros de la sociedad andina a los españoles; en el siglo XVIII él, junto con elementos más privilegiados del resto de la sociedad india, distribuían los bienes de la economía española a los indios rurales"²⁴.

²² Moreno Yáñez, op. cit.

²³ Spalding, Karen W., "De indio a campesino. Cambios en la estructura social del Perú colonial". Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1974, citado por Moreno Yáñez, pp 228.

Los caciques ecuatorianos, a finales del siglo XVIII, habían perdido muchos de sus privilegios y estaban en franca disputa con los otros poderes coloniales, como son el Estado y la Iglesia Católica, además de encontrarse presionados por los poderes locales, básicamente criollos.

Entonces, el ascenso social de Sepla y Oro tenía que darse en los márgenes sensibles de los privilegios, porque los caciques –a finales del XVIII- habían perdido el poder de reales intermediarios. No obstante, aunque dependían de la Corona, Sepla y Oro buscó también alianzas en los criollos urbanos. Esta oportunidad se presentó durante el terremoto de Riobamba de 1797 cuando ayudó a los damnificados y contribuyó de su propio peculio para la construcción de las acequias.

En la época aborígen la función principal del curaca, a la par de canalizar los excedentes de producción del ayllu con fines de previsión social, era según Spalding "la de ser el representante de su comunidad y el guardián de las normas sociales entre los miembros de la sociedad (...). Bajo el Imperio incaico el Kuraka también era responsable de hacer cumplir las obligaciones de la Comunidad para con el Estado, por medio de la organización del trabajo en las tierras del Estado, los sacrificios a las deidades incaicas, etcétera."²⁵

A finales del siglo XVIII habían nuevas fuerzas en ascenso pero el cacique Sepla y Oro siguió cumpliendo sus tareas sin embargo como debía los réditos de la Corona – porque poseía tierras y mitayos- se enfrentó al poder criollo que, obviamente, no iba a permitir que un cacique en plena decadencia tuviera injerencia en sus dominios. Como el funcionario estrechamente relacionado con la población aborígen, según las ordenanzas dictadas en 1575 por el Virrey Toledo, Sepla y Oro seguía cumpliendo lo que él consideraba como su papel, de mediador.

Sepla y Oro, entonces, era el primero en denunciar a los indios forasteros o ayudar a la reconstrucción de Riobamba, porque esto le permitía maniobrar en unos escenarios

²⁵ Ibid. p 228.

que se caotizaban cada vez más. El no solamente precisaba demostrar lealtad a la Corona –para obtener privilegios- sino que debía moverse entre los criollos urbanos y los criollos terratenientes, con los que siempre tuvo disputas. Al parecer, la ayuda que prestó a Riobamba fue una manera de dividir sus disputas, pero que demostraron, al final, que su situación iba en picada.

1.2 La estrategia de etnicidad como mecanismo de ascenso social.

Las sublevaciones a finales de la época colonial se caracterizaron por un reclamo desde lo "indio". De la misma manera, la "probanza" de los caciques para acceder a su posición privilegiada se caracterizó por buscar la ascendencia de los antiguos señoríos étnicos. Era preciso mostrar esa identificación con lo "indio". Mas, como se ha dicho, cuando la realidad no era conveniente se podía pasar a una esfera indefinida, como podría ser lo mestizo.

Por otra parte, como hace notar Baud es interesante que la retórica de los movimientos de sublevación se plantearan en términos "indios". Este autor dice es interesante destacar que en la época colonial las exigencias políticas y sociales de un estamento determinado se expresaban en términos étnicos²⁶.

Para el caso del ascenso social también era clave ser reconocido en términos

²⁶ Baud. op. cit., p 48.

étnicos, pero únicamente si el individuo se encontraba en la esfera del poder indígena, caso contrario significaba el inmediato pago de tributos. Esto demuestra que, en un momento, era preciso "optar" por un mecanismo étnico como parte del entramado jurídico hispánico. Pero no solamente, del otro lado –de la esfera española- también se había entendido que los caciques coloniales sólo responderían a su papel de mediadores si ellos mismos se encontraban en la lógica occidental. Y no era suficiente que los caciques se hubieran acercado a la esfera española con la colaboración en la conquista sino que para el siglo XVII estos caciques fueron educados dentro de la lógica española al concurrir a las escuelas que para los hijos de los caciques existía en Quito.

En el estudio que realiza Cruz, los cuatro caciques que gobiernan Quisapincha en el siglo XVII saben leer y escribir e incluso cantar en las ceremonias católicas y están familiarizados con las normas jurídicas del poder colonial. Lo propio ocurre con Sepla y Oro quien "sorprende" a Humboldt con estas destrezas. El cacique de Licán, como muchos caciques, también debe velar por el adoctrinamiento de los niños. Aunque estos mecanismos servían para ascender socialmente, es interesante comprobar que el poder colonial también deseaba que los caciques se mantuvieran en términos étnicos, porque de esta manera seguían siendo un vínculo con la comunidad. Esta aseveración lleva a suponer que la estrategia de etnicidad también puede ser utilizada por el "otro" para designar a quienes podía dominar. Se podría pensar que en el caso de Sepla y Oro mantenerse en su condición étnica le significó un desgaste mayor y fue "utilizado" por el poder Colonial mientras estaba ocupado en sus cargos y lealtades. De hecho, al final de sus días renuncia a sus cargos porque la actividad no le resultaba ya conveniente y decide dedicarse a cuidar mejor sus heredades.

La habilidad que habían adquirido los caciques de los siglos anteriores les significó también ser considerados dentro de la esfera blanco-mestiza, como sucede con el caso de Juan Punima –el Mozo- un cacique mestizo que podía situarse entre las dos legitimidades²⁷. Ahora, el tema planteado por Moreno Yáñez, en el sentido de que los

²⁷ Saignes, op. cit., p 139-161.

caciques tenían –en términos legales- el equivalente a la hidalguía de España resultaba provechoso para estos descendientes –verdaderos o supuestos- de la nobleza indígena. La manera de ascender socialmente estaba dada y ciertas ventajas que no era solamente utilizar ciertas vestimentas sino que –como representantes de la comunidad- podían sacar partido política, social y económicamente. En muchos casos, el ascenso social podía llegar a significar ser tratados como "blancos".

En el caso de Sepla y Oro, la lealtad a la Corona española era la clave para ascender socialmente. Así lo entendió cuando, desde muy joven, estuvo vinculado a contrarrestar toda iniciativa de sublevación indígena. Por eso, en premio de su intervención para aplacar la sublevación de Columbe y Guamote, en Chimborazo, recibió tres caballerizas de tierras y anteriormente su designación como Cacique de Licán. Esa férrea estrategia le permitió ser nombrado Corregidor Perpetuo de Riobamba, con amplia jurisdicción en la Real Audiencia para perseguir a los indios que escapaban de las mitas y tributos.

Aunque la situación de las sublevaciones se explicará más adelante, es preciso anotar que los indios de Chimborazo no pertenecían –como se ha creído- a un mundo homogéneo sino que existían diversidades no solamente culturales sino de intereses. Además que en el siglo XVIII se sucedieron numerosas sublevaciones no solamente en la zona interandina sino en las denominadas zonas "fronterizas", esto es en el litoral y la Amazonia, en contra de los evidentes abusos del poder colonial.

Sepla y Oro no solamente que participó en acallar estas protestas sino que consiguió aliados, entre los criollos, quienes –como el caso de Pontón o el francés Darquea- estuvieron prestos para defenderlo. La búsqueda de este ascenso social también demuestra que en esta época –y en las sucesivas- los indios no necesariamente se comportan de manera similar, aunque exista una visión de creer lo contrario. Obviamente que el comportamiento y la alianza de Sepla y Oro tiene que ver con el cargo que ocupa, que es de un funcionario de la Corona. Es probable que en ese momento buscaba un "blanqueamiento", en el sentido social, que está acorde con su grandilocuente nombre y apellido: don Leandro Sepla y Oro, como un proceso de hispanización, del que se tratará más adelante.

El otro frente de Sepla y Oro para acceder a esa lealtad con el poder español estaba en la captura de los denominados indios forasteros, quienes disfrazados de mestizos dejaban sus comunidades. El propósito de los funcionarios españoles era aumentar el ingreso por concepto de tributos y para querían que los caciques fueran los responsables de las parcialidades.

El cacique de Licán, dice Moreno Yáñez, Don Leandro Sepla y Oro, por ejemplo, hacia 1759 y en años posteriores descubrió "unos 2.000 indios tributarios", disfrazados de mestizos que estaban radicados en Quito y que fueron obligados a retornar a sus comarcas de origen para conformar nuevas parcialidades bajo el mando de Caciques".²⁸

Como se sabe, la estructura colonial mantuvo muchas de las jerarquías prehispánica porque de esta manera podía servirse para sustentar su dominio. Sus aliados, fueron los caciques, quienes cumplían un rol de intermediarios efectivos y recibían a cambio no solamente privilegios –como portar armas o montar a caballo- sino que podían sustentar su status y, muchas veces, de su comunidad, además de tierras y mitayos que incrementaron considerablemente sus economías y prestigio.

Una vez aniquilada en Andinoamérica la estructura imperial incaica, la administración colonial procuró mantener, a escala local y aún regional, algunas formas de la organización política indígena, dentro del proceso de utilización de algunos elementos culturales, para fundamentar más eficientemente el dominio colonial. Particularmente el Virrey del Perú y Tierra Firme, Don Francisco de Toledo, se propuso conservar y aumentar el prestigio de los jefes nativos, en sus diversas jerarquías, conocidos en el área andina como "Curacas", o, designados más comúnmente por los españoles, con el término aruak de "Caciques"²⁹.

²⁸ Moreno Yáñez, op. cit., p 223-224.

²⁹ Murra, John V., The Historic Tribes of Ecuador, Handbook of South American Indians, Vol 2, Smithsonian

Es importante señalar, como se ha dicho, que la categoría de cacique tenía una denominación que alcanzaba a lo que en España sería la "hidalguía" y por este motivo –a parte de estar exentos de impuestos- debían también probar su "limpieza de sangre", es decir que sus ancestros estaban emparentados con el Inca o –como el caso ecuatoriano- con los señoríos étnicos, es decir anteriores al dominio precolombino y preinca. De allí que las "probanzas" causaron no solamente disputas entre los postulantes a caciques sino que sirvieron como una especie de alianza implícita con el poder español. De hecho, el cacique de Licán, en amplios documentos, procuró mostrar su ascendencia prehispánica

Sin embargo, como hace notar Cruz a media que se produce la hispanización de los caciques y el consecuente acercamiento de los señores étnicos a la esfera española, las estrategias dejan de involucrar a la esfera indígena para convertirse en iniciativas del cacique que busca salvaguardar sus intereses personales³⁰.

En el caso de Sepla y Oro su ascenso social significó, por ejemplo donar parte de las tierras de su comunidad a los sobrevivientes de Riobamba, tras el sismo de 1797 o acudir con su comunidad al traslado de la villa, en espera de un posterior reconocimiento por parte de la Corona. La otra manera de ascender socialmente estaba en los cargos que ocupaba, a parte de ser cacique de Licán. Esta estrategia estaba dada en la búsqueda de aliados en la esfera española y después –con la ayuda a los riobambeños- trataría de hacerlo con los criollos. El ascenso social en la esfera española, es decir su reconocimiento jurídico, también le permitía ascender socialmente a los ojos de su comunidad. Por ello procuró que su designación como cacique fuera un acontecimiento digno de recordarse y consiguió, como se ha dicho, que le autorizaran el uso de pólvora para los festejos, algo en ese momento prohibido por las sublevaciones indígenas.

¿Quién debía reconocer ese ascenso social? Sepla y Oro se enfrentaba a diversos escenarios en su búsqueda de aceptación no solamente como Cacique de Licán sino –más

Institution, Washington, 1946, II, pp 815, citado por Moreno Yáñez. op. cit.

³⁰ Cruz Zúñiga. op. cit., p 55.

tarde- como Corregidor Perpetuo de Riobamba, un cargo que aunque parecería como premio a sus largos años de lealtad en el fondo representaba una arista a las poderosas familias criollas de Riobamba.

Lo que no era casual es el comportamiento que tuvo como Cacique. Moreno Yáñez dice que:

El nuevo orden colonial, en resumen, apareció como favorable para muchos individuos nativos, especialmente para los nobles indígenas, caciques o curacas, quienes buscaron nuevas posibilidades de ascenso personal que, al mismo tiempo, les ofrecieran acceso a los medios de poder tradicional³¹.

Esos medios de poder estaban no solamente en un status sino en el control de los indios tributarios, los territorios comunales, los privilegios de su rango, las doctrinas que – como Cacique- estaba obligado a impartir, la mediación con el poder español. Ahora, es importantísimo señalar que la denominación de Cacique –y en esto es preciso insistir mucho- no significaba los enormes privilegios que pudieron tener en los siglos XVI y XVII. Como señala Moreno Yáñez, "el título de Gobernador de Naturales de Riobamba y el cargo, por dos años, después del terremoto de 1797, de Alcalde Mayor Indígena, fueron dignidades prácticamente sin remuneración alguna, aunque repletas de obligaciones³²".

De hecho, como se verá en otro capítulo, para 1800 don Leandro Sepla y Oro estaba sin bienes, "con un sueldo prometido y no cobrado" y hasta algunos mestizos de su comunidad habían quemado su casa. ¿Por qué Sepla y Oro se empeñaba en ocupar esas dignidades que no le representaban ingresos económicos? Al parecer había caído también en la estrategia impuesta por la propia colonial que veía en él a un funcionario leal que siempre había actuado a favor de preservar los intereses del sistema. A diferencia

³¹ Moreno Yáñez, Segundo. La sociedad indígena y su articulación en la formación socioeconómica colonial en la Audiencia de Quito. Nueva Historia del Ecuador, Epoca Colonial III, volumen 5. Cooperación Editora Nacional. Quito. 1991, p. 120

³² Moreno Yáñez, op. cit. 1997, p. 240

de otros caciques que lograron hacer fortuna en sus cargos, a Sepla y Oro le significó una vida en beneficio únicamente de la esfera española y por este motivo llegó un momento que se encontró arruinado. En el caso estudiado por Cruz, de los caciques de Quisapincha, se desprende que el poder que lograron tener tenía su base en lo económico, para Sepla y Oro el poder era más político.

Se insiste en esta comprensión de Cacique a finales del siglo XVIII porque en ese momento la Colonia había caído en un estancamiento y Riobamba pocos años antes del terremoto –aunque algunos historiadores tradicionales crean lo contrario- estaba en decadencia debido a varios factores como la reducción del comercio y los excesivos lujos que se daban las linajudas familias, como lo señala en su carta Darquea.

Moreno Yáñez, siguiendo el tema de la designación como Cacique, dice que "debe mencionarse el celo de Sepla en dar los avisos oportunos, para el descubrimiento de otros muchos tributarios indígenas, que andaban sueltos, diligencias que fueron premiadas con la concesión a Don Leandro Sepla y Oro del título de Cacique, en realidad cobrador de tributos, de las parcialidades de "forasteros", formados por indios de la región de Riobamba, que estaban radicados en otros corregimientos, sea para evadir los tributos, o en busca de trabajos mejor remunerados"³³.

Este tema es decisivo porque aquí se demuestra que las posteriores lecturas que se hicieron de su vida, unas para atacarlo como traidor y otras para vincularlo hasta con ascendencias cuzqueñas no tienen un fundamento sólido. Esto se refiere a que el hecho del reconocimiento como Cacique no fue –como en otras épocas de la Colonia- por sus vínculos a la nobleza indígena sino por "méritos" a la Corona española. Estos servicios, como ya se ha dicho, eran perseguir indios "forasteros" y estar presto a extinguir cualquier sublevación indígena, que estaba en contra del abuso de la Corona.

Historiadores de tendencia indigenista han querido ver en Sepla y Oro como en representante de las más linajudas familias indígenas y –en otros ensayos- no han dejado

³³ Moreno Yáñez, 1997, op.cit pag. 232

de vincular a familias –como los Duchicelas- como los representantes de antiguos poderes. Pero este tema será analizado en los próximos capítulos cuando se interprete los imaginarios que ha producido Sepla y Oro.

En el acucioso estudio de Moreno Yánez –que ha servido de estructura medular para esta tesis- nuevamente se hará mención al tema de porqué Sepla y Oro más que Cacique era un cobrador de impuestos:

Ilustra esta aseveración la constancia entre los títulos de Sepla como "Cacique Principal y Gobernador de las Parcialidades de la Real Corona nombrado Riobambas residentes en la Ciudad de Quito, Aciento de Otavalo, Villa de Ibarra y Pueblo de Licán de los Macagies de este Corregimiento de Riobamba en otras respectivas de su mando³⁴".

Queda, como se ha dicho, tomar en cuenta que su cacicazgo no lo habría logrado por herencia directa sino por los "servicios" que prestó a la Corona española, en la persecución de indígenas sublevados y de aquellos que huían –disfrazados de mestizos- de la explotación de las mitas o simplemente de su condición de "indios", que para la época –como para la actual- significa –en la mayoría de situaciones- enfrentarse no solamente a la marginalidad sino a un racismo cotidiano.

La situación difícil para las comunidades indígenas permitió también crear estrategias para enfrentarse a un poder que cada día tenía más fuerza: el despotismo de algunos hacendados criollos y en este caso Sepla y Oro tuvo duros altercados para defender a su comunidad. El ascenso social y el reconocimiento que logró tanto de la Corona española como de su comunidad le sirvió de poco para contrarrestar la fuerza de algunos criollos, quienes mantenían no solamente el poder jurídico sino que se constituían en una complicada jerarquía, donde los intereses se acentuaron debido a la crisis.

³⁴ Petición de Protector de Naturales, Guano 10.09.1778; Certificación del escribano Ascaray, Riobamba, 20.09.1178, citado por Moreño Yánez. op. cit., p. 233

En lo que se refiere al ascenso social, Sepla y Oro tenía que buscar una férrea alianza con su comunidad. Así, por ejemplo, después del terremoto de Riobamba, -según González Suárez³⁵ - los indios de Licán fueron los primeros en saquear la destruida Villa pero posteriormente -con la llegada de Sepla y Oro- se convirtieron en la fuerza que no solamente ayudó al traslado sino que hasta permitió -donando parte de sus tierras- la erección de la nueva urbe, en el sitio de Tapi. Se explica, entonces, el grado de cohesión que había logrado el Cacique quien, además, no había permitido que su comunidad se rebelara contra la Corona española como sí lo hicieron Guamote, Columbe, por citar sólo dos poblaciones cercanas. La comunidad de Licán, de donde era originario el cacique, no estuvo involucrada en los movimientos de sublevación y por ende tampoco fue reprimida como sucedió en otros lugares no solamente de la provincia de Chimborazo, aunque a finales del XVIII una parte de Licán -probablemente por indios enemigos de Sepla y Oro- estuvieron inmiscuidos en levantamientos. Para explicar la importancia del reconocimiento de su comunidad y explicar los mecanismos de utilización de esta estrategia es preciso señalar:

Como no era suficiente que los representantes locales de la sociedad española reconociera el ascenso logrado por el individuo nativo, sino que la propia sociedad debía reconocer esta situación, fue necesario recurrir a los canales tradicionales para reafirmar, ante los ojos de su propia comunidad, la nueva posición social adquirida³⁶.

Esa oportunidad se le presentó a Sepla y Oro a propósito de su denominación como Cacique de Licán, donde logró que se le permitiera festejar con juegos pirotécnicos, algo que estaba vedado debido a las continuas sublevaciones indígenas en varios frentes

³⁵ González Suárez, Federico. Historia General de la República de Ecuador, Clásicos Ariel, s/f

³⁶ Moreno Yáñez refiere esta situación en Nueva Historia del Ecuador refiriéndose, además, sobre la importancia del reconocimiento en la esfera indígena.

de lo que después sería el Ecuador. La otra manera de mantener este prestigio estaba en un proceso de catequesis que Sepla y Oro –como Cacique que era y esa era una de sus atribuciones- tenía a su mando el adoctrinamiento de los niños. Es seguro que este mecanismo surtió efecto a lo largo de generaciones donde este defensor a ultranza del cristianismo se permitió incluso arreglar la capilla de su pueblo.

¿Sepla y Oro había perdido –en un largo proceso de aculturización- el legado de sus ancestros? ¿Cómo se entiende su identidad? ¿Cuáles eran las visiones que tenía en este proceso?

1.3. Un comportamiento que implica la readecuación de la identidad para legitimar un poder.

El hecho, como se ha señalado, que los caciques de finales del XVIII había alcanzado una alta "hispanización" lleva implícita la pregunta si ellos, moviéndose entre las dos legitimidades, no prefirieron quedarse en una. Es decir la que podía ser más conveniente a sus intereses y esos, en el caso estudiado, concordaban con el poder español. ¿Qué significó esa "hispanización" para alguien que se movía en una estrategia de etnicidad? ¿Continuó comportándose como un "indio" jurídicamente establecido como cacique? Al parecer, la movilidad étnica que tuvo Sepla y Oro, sus continuas alianzas con la esfera española, lo convirtieron, de hecho, en un funcionario de esa esfera. Sin embargo, él no podía asumirse –por ejemplo- como mestizo porque eso le significaba perder su poder sobre su comunidad. Al definirse como un cacique indio buscaba, de cierta manera, presentarse como un hidalgo y ser reconocido como tal. Esa lucha quedó truncada cuando sufrió el desaire en la posesión como Corregidor perpetuo de Riobamba cuando Dávalos se negó a sentarse en el mismo lugar que un "indio", aunque los entretelones significaran que sentía resentido su poder. ¿Un "indio" que no desea ser tratado como los "indios jurídicos" que pagan tributos?

Lo que en esta parte preocupa es si la estrategia de etnicidad empleada por Sepla y Oro lo llevó a quedarse en una doble esfera, es decir que reformuló su identidad en aras del poder. Esa "construcción de la etnicidad" y su utilización política significaría la creación de una identidad nueva, alguien que se mueve en los códigos occidentales – adoctrinamiento católico- pero que no puede desprenderse tampoco del sentido de su comunidad. El problema, entonces, significa también una lectura desde lo cultural:

La cultura indica un conjunto de prácticas, símbolos y significados que dan forma a la vida social. La participación en la cultura ayuda a los individuos a encontrar un camino en la sociedad; a su vez esta acción

contribuye al cambio cultural³⁷.

Al acercarse al concepto cultural antropológico, como señala Baud, es para entender que la cultura también es un elemento dinámico, "que se refiere a la concesión de "sentido" tanto a las relaciones sociales como a la posición y a la acción de los actores dentro de las mismas³⁸".

A juicio de Baud, dentro de esta perspectiva las estrategias sociales o colectivas no son tanto manifestaciones del comportamiento rutinario o "diario", sino más bien una elección consciente de la acción social, que tiene como objetivo forzar o defender el acceso a los recursos. Entonces, siguiendo a Baud, la capacidad de actuar "colectivamente" contra "otros" a menudo es decisiva en el éxito de las estrategias.

¿Con qué "otro" actuaba individualmente Sepla y Oro se pertenecía a la esfera española? Ese "otro" resultó ser su propia comunidad y esto demuestra que la estrategia seguida por el poder colonial no falló.

¿Puede, en un momento, la identidad ser modificada para acceder al poder? Esta podría ser la interrogante para explicar los diversos momentos vividos por Don Leandro Sepla y Oro. Pero es preciso entender, también, que esa identidad es dinámica sino no se explica que algunos indios forasteros se comportaran y más tarde se asumieran como mestizos. La primera parte de esa readecuación de la identidad tiene que ver con la manera de ser nombrado, es decir su apellido. Aunque no logró como el poderoso cacique del siglo XVI, Don Sancho Hacho y Velasco, un escudo heráldico, Sepla y Oro sí pudo acceder a una hispanización de su nombre. Debió ser un nombre tan especial que lo distinguiera incluso de su comunidad indígena que en la actualidad no existe en Licán nadie que se llame como su ancestro: Sepla y Oro. Quienes se reconocen como sus descendientes son los Guaraca ¿Su nombre español lo llevó a ingresar a los círculos de la Corona?

³⁷ Baud.op.cit.pag 23

³⁸ Ibid. Pag 23

Para inicios de la Colonia, como refiere Baud, los nobles indígenas tienen mayores privilegios legados por sus ancestros precolombinos, como la redistribución donde se expresan también funciones sociales y religiosas. Aunque esto significó un acercamiento hacia lo hispánico como una manera de conservar el poder.

Además del uso frecuente de apellidos españoles y la adopción de algunas costumbres europeas, ya desde el siglo XVI, los caciques y nobles indígenas procuraron, ostensiblemente, aparecer como excelentes cristianos. Para el efecto, continúa Baud, varios fundaron capillas y capellanías, determinaron en sus testamentos ser sepultados, amortajados con un hábito monástico, en alguna iglesia, e incluso renunciaban, públicamente, a la poligamia aunque el elevado número de hijos ilegítimos demuestra que esta prerrogativa precolombina, veladamente, siguió en uso³⁹.

Sepla y Oro además de mostrarse como un excelente cristiano y defensor de la Corona española también contribuyó de su propio peculio a la readecuación de la iglesia de su pueblo. Pero ¿esto era solamente una estrategia? Antes de explicar este hecho veamos cómo la aparente catequización de los indios se desmoronaba en momentos críticos, justamente en esa época, para demostrar que los indios no solamente que habían conservado a sus antiguos dioses sino que la "destrucción de idolatrías" —emprendidas por los curas doctrineros- no sirvieron de mucho.

El levantamiento de los indios de Guamote, en 1799, se produjo porque se corrió la noticia que los diezmeros llegaban para apoderarse también de los hijos, por lo cual tomaron al diezmero y lo ataron a un poste, para luego realizar actos que -a su juicio- servían de ejemplo para los blancos y mestizos. El cura de Guamote buscó un asilo en la iglesia; "expuso el Santísimo Sacramento; huyó el cura para salvar su vida, y el Sacramento hubo de estar dos días, expuesto en la plaza". González Suárez relata estos hechos preguntándose si el adoctrinamiento en la fe católica sirvió en realidad. Cita el caso de Cotacachi, "donde sacaron las imágenes de los santos para amainar la furia de los indios, y los indios les despreciaron, gritando que no hacían caso a los muñecos de palo, fabricados

³⁹ Ibid. Pag 24

por los mestizos"⁴⁰.

El levantamiento se encendió en Cajabamba, Calpi y Licán, encabezados por dos indios, Antonio Obando y Antonio Taypi, este último sacristán, quien lanzó una proclama: "muy cara ha salido la Religión Católica y por eso queremos sacudir el yugo de la fe y quedar en total libertad. Allá vamos Viracochas, a pelear con vosotros y veremos quien puede más. Allá vamos a verte, señor Oidor", según refiere Enrique Garcés. Pero existió un testigo de estos acontecimientos: José Santos, quien es citado por el historiador chimboracense Alfredo Costales Samaniego, del proceso: "El Coadjutor del pueblo, al darse cuenta de la intención de éstos (los indios alzados), acudió presto a la iglesia y salió con el Santísimo Sacramento a la plaza al fin de apaciguarles. Pero al llegar a la casa de Hilario Vallejo que estaba en el mismo ángulo de la iglesia, el indio Joaquín Delgado y las demás indias le hicieron retroceder a pedradas y Lorenza Peña y Francisca Delgado insultáronle de palabra y cuando alzaba la Hostia Sagrada le dijeron: "Que ese no es Dios sino una tortilla hecha por el sacristán"⁴¹.

¿Sepla y Oro había olvidado –merced a la religión Católica- las antiguas visiones? El momento para demostrar que no era así se produjo cuando los intereses que defendía se volvieron infructuosos. Esto sucedió después del terremoto de Riobamba de 1797 cuando muchos de sus enemigos pertenecientes a las linajudas familias riobambeñas quedaron sepultados entre los escombros. Y no fue precisamente ante los círculos que frecuentaba quien asumió el legado de sus ancestros sino ante el científico alemán Alejandro de Humboldt, con quien se entrevistó en 1803, como se analizará en el capítulo tres.

⁴⁰ González Suárez, op.

⁴¹ Costales Cevallos, Alfredo. *Historia de Riobamba y su Provincia*. Casa de la Cultura de Chimborazo. 1972.

1.4 La estrategia de etnicidad como una práctica de continuidades históricas.

Desde el poderoso cacique Sancho Hacho y Velasco, que era aceptado socialmente como blanco-mestizo, pasando por los caciques Punima de Latacunga o el propio Sepla y Oro, la estrategia de etnicidad significó una manera de acceder a los recursos o mantener un status. Las dinámicas pueden ser diferentes pero siempre se notará que es asumiendo tal o cual etnicidad que los caciques lograron acceder a privilegios y convertirse en una fuerza política de decisión. Es en el contacto con el "otro", entonces, que surgen estas estrategias y eso es comprobable en la actualidad cuando actuar desde lo "étnico" significa también hacerlo desde una base política.

El caso de Sepla y Oro no es único en la época Colonial. Por lo general, los caciques eran los mediadores entre el poder español y las sociedades autóctonas. En unos casos, como don Sancho Hacho, cacique de Latacunga en el siglo XVI, alcanzaría un desarrollo progresivo hasta llegar a colaborar con el poder español para la liberación de los territorios de Los Quijos. Este hecho, era parte de una estrategia para realizar una "probanza", que era la prueba de fidelidad a la Corona y que también demostraba el linaje del cacique emparentado con las dinastías precolombinas, aunque en el caso de Ecuador, la pobranza de este tipo era menor que para Perú, por las evidentes raíces incásicas. Después de la pobranza, que se constituía en una especie de "limpieza de sangre", al estilo peninsular, el cacique era considerado una especie de hidalgo y dependiendo de esto podía llegar a tener ciertos accesos simbólicos: podía cabalgar, utilizar pólvora y armas, dirigirse al Rey en cartas o llevar cierta vestimenta propia de su rango.

Los caciques mayores eran los más altos representantes de esta mediación y los caciques menores o locales, se constituían en los puentes para movilizar las demandas y requerimientos de un poder colonial altamente estratificado pero que habrá que entenderlo no como una unidad –para cada uno de sus estamentos- sino como una fragmentación: no era lo mismo ser un indio sublevado contra una encomienda que representar en un cacicazgo, no era igual un indio disfrazado de mestizo para evitar pagar

impuestos que un indio en una mita. Por eso, en este trabajo, se definirá precisamente los momentos en que el cacique de Licán actúa estratégicamente. Mas, para entender estas visiones es preciso señalar que los caciques eran considerados como la nobleza indígena cuya función, como señala Udo Oberem⁴², no solamente era gobernar sino canalizar los excedentes de producción, organizar el trabajo y servir de intermediario entre la comunidad y el Estado.

A las prerrogativas mencionadas se añadían, frecuentemente, los privilegios en relación al usufructo de las tierras de la comunidad y de otros bienes colectivos, así como un sueldo que debía ser descontado de los tributos. Moreno Yáñez, dice que de este modo algunos caciques se convirtieron en terratenientes, con derecho a utilizar "mitayos" en la labranza de los campos, realizaban transacciones mercantiles con los españoles y se aprovechaban de parte de las ganancias producidas por los obrajes de comunidad.

Por este motivo, Sepla y Oro –durante toda su vida- se preocupó que su comunidad de Licán tuviera privilegios especiales en un convulsionado momento donde muchos indios de otras comunidades se habían sublevado. Lo importante de su accionar es que – a diferencia de otros caciques- se preocupó de buscar alianzas con el poder colonial pero fue un duro contendor contra algunos de los criollos terratenientes. Esta dualidad puede ser entendida como la búsqueda de una estrategia que le permita a él y a su comunidad sobrellevar la crítica situación. Su asenso social no solamente produjo, como se verá más adelante, una ruptura con parte del poder criollo local sino que permitió crear un imaginario identitario para legitimar el antiguo poder precolombino. Porque es necesario decir, que en el caso de Ecuador, muchas de las pobranzas de nobleza indígena tenían que ver con hechos preincásicos, como sucedió como Gerónimo Puento, quien informa que su abuelo Nazacota Puento, como caudillo de las tropas aliadas de Cayambe, Cochasquí y Otavalo, resistió a las huestes incaicas por más de un decenio, según Moreno Yáñez⁴³.

Entonces, Sepla y Oro utilizará también su ascendencia india como una manera de

⁴² Oberem Udo, Don Sancho Hacho, un Cacique Mayor del Siglo XVI. Colección Pendoneros. Abya-Yala 1993.

⁴³ Ibid.

demostrar sus derechos de ser el cacique de Licán, aunque la posibilidad mayor de su aceptación como Cacique tenga que ver con la "lealtad" a la Corona. Otra de las iniciativas será en colaborar con el poder ibérico para reprimir las sublevaciones indias y ser un aliado incondicional de la Corona, al punto que es nombrado Corregidos Perpetuo de Riobamba, un título más bien honorífico, por parte del Barón de Carondelet.

Para el caso del mundo de los criollos, Sepla y Oro trabajará asiduamente en la reconstrucción de la destruida villa de Riobamba, en 1797, colaborando de su propio peculio en la construcción y cuidado –con hombres suyos- del canal de agua. Además de donar tierras de Licán, aunque éstas fueran objeto de una disputa con el cura por considerar éste que le pertenecen. Mas, como sucedió como San Hacho, después fundar Baeza, su nombre nunca ha constado en la historia oficial como un reconocimiento a su trabajo a favor de la nueva Riobamba.

A diferencia de la estrategia de los caciques de los siglos XVI o XVII –quienes había logrado importantes privilegios económicos- el cacique de Licán –debido a las condiciones de decadencia de la Corona- tuvo que mantener un cacicazgo de otra índole: defender los intereses de su comunidad y buscar las maneras de mantener unos privilegios que se iban desgastando.

Acaso, el mayor logro fue la designación como Corregidor Perpetuo de Riobamba, pero no así fue reconocido por las fuerzas terratenientes criollas que veían que su poder nominal no estaba acorde con su posición. Pero otra situación, el profundo desprecio al otro –es decir un racismo exacerbado- impidió otro tipo de reconocimientos, poniéndolo como los trasladores de Riobamba, porque Sepla y Oro cumplió un papel vital en la historia de la nueva Villa, tras la destrucción de la antigua por un terremoto, un sábado 4 de febrero de 1797, a las ocho de la mañana.

Es sólo a finales del siglo XX y por iniciativa de la Editorial Pedagógica Freire, quien realiza una reinterpretación histórica a propósito de los 200 años de traslación de la urbe, que Sepla y Oro tiene un sitio en una historia que trató de borrarlo, como sucedió cuando fue nombrado honoríficamente Corregidor y tardíamente se le entregó tres caballerizas por más de 60 años de alianza con la Corona. Mas, esa lealtad a la Corona

estaba íntimamente ligada a los privilegios que podían conseguirse, no solamente personales sino de la comunidad. El ascenso social tenía mucho que ver con la legitimidad del poder cacical y no era suficiente que los funcionarios reales reconocieran ese poder sino que también debía hacerlo su propia comunidad. Por este motivo, simbólicamente, lograr –como lo hizo Sepla- que su designación cumpliera con los requisitos y ceremoniales de su comunidad y del poder colonial constituía moverse en dos realidades que cada una de ellas tenía sus maneras particulares de legitimación.

Su ascenso social, sin embargo, le permitió crear fisuras en el poder regional y –mediante esto- pudo proteger a su comunidad de las arbitrariedades propias de –quien como los obrajeros- buscaban ávidamente mano de obra indígena para –en el menor tiempo posible- sacar jugosas ganancias. Huelga decir que este sistema oprobioso solamente varió de forma en las posteriores épocas.

Una manera particular que tuvieron los caciques fue de disfrazar y adaptar sus nombres para acceder al poder colonial. Así, el cacique de Latacunga Don Sancho Hacho se colocó un "de Velasco", y posteriormente sus descendientes lo omitieron. Por su parte Leandro Sepla y Oro –con apellidos tan pomposos- competía con los Lizarzaburu, Chiriboga o Dávalos porque –al igual que ellos- tenía una nobleza que defender porque esta la llevaba directamente a los privilegios. Para el caso de Don Sancho Hacho incluso llegó a tener un escudo nobiliario pero, al parecer, a sus descendientes no les fue permitido portarlo.

Todas estas estrategias de ascenso social permitirían a los caciques no solamente ser los mediadores ante la Corona sino que –como el caso de Sepla y Oro- buscar más tarde una "invención de la tradición", ante el científico Alejandro de Humboldt, quien lo visitó en 1803, en Licán, pero eso se verá más adelante.

CAPITULO DOS

2.1 Estrategias étnicas y conflictos interculturales, en Riobamba, a finales del siglo XVIII.

Durante la época Colonial tardía, esto es a finales del siglo XVIII, las relaciones que se mantenían en la zona de estudio habían cambiado, como sucedió en toda la región que comprendía la Real Audiencia de Quito. Los caciques habían perdido muchos de sus privilegios y nuevos actores sociales se encontraban en disputa. Muchos de los caciques, además, habían utilizado estrategias étnicas para de esta manera sustentarse en el poder y lograr privilegios. Tal es el caso de Juan Punima, el cacique mestizo, que se desenvolvía en la esfera indígena y española, según la conveniencia. Los caciques se manejaban en los dos márgenes para obtener el reconocimiento: su condición de nobleza y los servicios honrosos que había prestado al Rey, según refiere Cruz⁴⁴.

Para el XVIII, sin embargo, los caciques habían marchado hacia una acelerada 'hispanización' y sus estrategias se habían modificado: el reconocimiento estaba dado más por los servicios que se prestaba a la Corona. Sin embargo, el cacique aún debía conservar una línea con su comunidad. Es en esta doble legitimidad que se ubicaba el cacique y es desde allí donde surge las diversas estrategias étnicas: acaso, como si utilizaran dos máscaras para el mismo rostro. Si por un lado quería ser aceptado socialmente como parte de la esfera española por el otro debía guardar las supuestas tradiciones que decía defender.

En este capítulo se pondrá en escena las diversas disputas y alianzas que tuvo que enfrentar Leandro Sepla y Oro para mantener no solamente su status quo sino para

⁴⁴ Cruz. Op.cit. 80

intentar ser el vínculo para proteger a su comunidad. Ese vínculo está dado en precautelar los ávidos intereses de los terratenientes que buscaban también indios tributarios. No se conoce si Sepla y Oro defendía los intereses de su comunidad porque ese era una de las funciones del cacique o si lo hacía en provecho propio, aunque por lo sucedido posteriormente se deduce que Sepla y Oro trabajó para lograr réditos personales y los de su familia.

En este capítulo, además, se podrá apreciar cómo otros actores sociales realizaron una movilidad étnica, entendida esta como trasladarse de una etnicidad a otra, por ejemplo en el caso de los indios forasteros quienes tuvieron que huir a las ciudades para librarse de la mita o mejorar sus condiciones y muchos de ellos se asumieron como mestizos, incluso culturalmente. Como ha dicho el grupo de Baud, la acentuación de la etnicidad puede constituir una estrategia, es decir, representar el producto de una elección consciente de un grupo de personas para alcanzar ciertos objetivos sociales. Sepla y Oro al acentuar su etnicidad como cacique indio también proponía ser el vínculo entre esos dos mundos. De allí que podemos ver que no se trata de negar la existencia de la etnicidad como factor importante en la realidad latinoamericana, sino relativizar su carácter supuestamente natural.

En la estrategia de etnicidad se puede entender que puede servir para cambiar una jerarquía social dada o como para mantener el statu quo, en el caso de estudio sería utilizada para esto último. Para el caso, por ejemplo, de las sublevaciones indígenas ocurridas en el XVIII -y sus reclamos desde lo étnico- se puede decir que la estrategia habría servido para cambiar una jerarquía social, como era la Colonia. Con esta argumentación nos acercamos a que no necesariamente la estrategia de etnicidad significa enfrentar al poder sino también sirve para mantenerse en él.

Y como la dinámica social de estos escenarios implica otros actores sociales es posible hablar de conflictos interculturales entendidos estos como las múltiples relaciones entre diversos actores sociales tan diversos y que defendían obviamente sus propios intereses.

El propósito del capítulo es poner en tensión las relaciones del Cacique de Licán

con cada uno de sus grupos para analizar qué estrategias de etnicidad utilizó y si estas fueron provechosas, al final de sus días. Es preciso decir que para esta parte se ha utilizado la abundante información de fuentes secundarias, como el trabajo realizado por el citado Segundo Moreno Yáñez y el aporte investigativo de Carlos Freile Granizo, en colaboración con Carlos Paladines, en la obra *Defensa de los Curas de Riobamba*, de Francisco Eugenio de Santa Cruz y Espejo⁴⁵. Como también la investigación realizada por el Banco Central del Ecuador, con la coordinación de Rosemarie Terán Najas⁴⁶, en *Historia de la Villa de Riobamba*, además de la tesis de Pilar Cruz Zúñiga⁴⁷.

El aporte consiste en –merced a esta información- se analiza las relaciones interculturales que el Cacique de Licán mantenía y –mediante otros documentos- se revela sus estrategias étnicas. Para que sea más ilustrativo se detallará a continuación parte de los involucrados, a finales del XVIII y comienzos del XIX.

2.2 Los indios disfrazados de mestizos

El cacique de Licán tenía amplia experiencia para localizar a quienes habían abandonado su condición de tributarios y que –muchos de ellos- habían dejado sus tierras para disfrazados de mestizos acceder a la vida urbana o ubicarse en lugares de difícil acceso. Sepla y Oro fue un leal súbdito de la corona española y como tal tenían entre sus

⁴⁵ Espejo, Eugenio. *Defensa de los Curas de Riobamba*. Investigación, introducción y notas de Carlos Freile Granizo, con la colaboración de Carlos Paladines. Archivo Municipal de Historia, Quito, 1997.

⁴⁶ Terán Najas, Rosemarie, coordinadora. *Historia de la Villa de Riobamba*. Banco Central del Ecuador, 1986.

⁴⁷ Cruz, op.cit.

obligaciones principales la captura y localización de los indios forasteros. La estrategia de etnicidad que utilizaba el Cacique era mantener su status quo realizando "servicios" a la Corona española. El mantenimiento de su etnicidad -como cacique descendiente de la nobleza precolombina- lo ponía en amplia disputa con los indios forasteros porque ellos - en definitiva- permitieron el quiebre definitivo del sistema colonial que el cacique defendía.

Con el objeto de aumentar el ingreso al fisco por concepto de tributos, las autoridades españolas intentaban reducir a los forasteros a parcialidades bajo la responsabilidad de los caciques. El cacique de Licán, don Leandro Sepla y Oro, por ejemplo, hacia 1759 y en años posteriores descubrió "unos 2.000 indios tributarios", disfrazados de mestizos que estaban radicados en Quito y que fueron obligados a retornar a sus comarcas para conformar nuevas parcialidades bajo el mando de Caciques⁴⁸.

En 1759, la Audiencia de Quito –como señala MorenoYáñez- encargó a Don Manuel Coronel, Gobernador de indios de la ciudad de Quito, y a Don Leandro Sepla y Oro a quienes evadían las cargas tributarias. Estos dos comisionados, obviamente, arriesgaron sus vidas para dejar descubiertos a 509 indios, "que se hallaban usurpando el Real haver con trage de Españoles en la ciudad de Quito, lo que reportó en incremento del Real Erario".⁴⁹

Este hecho –y las continuas persecuciones que hacía en otros corregimientos- acaso ilustra, como sugiere Moreno Yáñez, la constancia entre los títulos de Sepla como Cacique Principal y Gobernador de las Parcialidades de la Real Corona de Riobamba, en la ciudad de Quito, Otavalo e Ibarra. Además del pueblo de Licán.

Su entereza para localizar a los indios forasteros debió crear una resistencia entre las

⁴⁸ Moreno Yáñez, op.cit.

⁴⁹ Ibid.

comunidades cercanas en Licán y en la suya propia. De esta manera se explica que varios mestizos –acaso indios disfrazados- quemaran su casa, consumiendo en las llamas el supuesto manuscrito que relataba la historia de sus antepasados y que habría de generar una polémica cuando el científico alemán, Alejandro de Humboldt, lo incluyó en sus anotaciones.

Es probable que las acciones de Sepla y Oro al localizar indios forasteros tuviera mínimas recompensas porque para inicios del siglo XIX se encuentra en graves dificultades económicas debido a que sus dignidades –como señala Moreno Yáñez- eran prácticamente sin remuneración alguna pero repletas de responsabilidades.

¿Cuál fue su recompensa? Al parecer, pretendía mantener sus privilegios pero tardíamente comprobaría que sus lealtades a la Corona no le recompensaron como probablemente esperaba. La estrategia de etnicidad empleada con este grupo era de un funcionario español –debido a su cargo de Cacique- que tenía no solamente una designación y aval de la Corona sino que su comportamiento era de un individuo socialmente aliado poder. De allí se explica que su jurisdicción, para capturar indios forasteros, llegara hasta Ibarra. De hecho, las autoridades coloniales advirtieron en Sepla y Oro a un funcionario en quien podían confiar y él aumentó los tributos.

La estrategia que empleó Sepla y Oro no era solamente mantener su status sino que estaba obligado a defender los intereses de su comunidad y los suyos propios: si huían los indios tributarios estaba obligado a pagar por ellos. Sin embargo, como se ha notado, Sepla y Oro fue más allá de únicamente cuidar su parcialidad. Su "hispanización" fue tan manifiesta que incluso se desplazó hasta Quito comisionado por la Real Audiencia, como una muestra de las alianzas que había logrado en la esfera española.

En lo que se refiere al caso de los indios disfrazados Baud anota:

Resulta difícil defender la tesis de la existencia de grupos étnicos invariables ya que existen demasiados ejemplos de (sub) grupos étnicos que desaparecen o se "ocultan" ya sea por medio de la asimilación o la negación. Además, han surgido nuevos grupos étnicos, como fue el caso

de los mulatos y mestizos en el período colonial.⁵⁰

Aunque muchos de los indios forasteros conservaron rasgos culturales en las ciudades, muchos se aculturizaron convirtiéndose luego en el estamento mestizo. Esto quiere decir que también la etnicidad, en caso de ser necesaria, puede ser construida.

Para entender lo que sucedía con Sepla y su cambio hacia la "hispanización" se requiere resaltar que los conceptos –como señala Baud- "evidentes" de lo "indio" o lo "negro" han cambiado continuamente de contenido y de "pureza". Como se ha mencionado anteriormente, una cosa es que alguien se le defina como miembro de un grupo étnico y otra cosa muy distinta es que la persona en cuestión se considere como tal. Para el caso de algunos indios que huían del tributo se identificaban como mestizos aunque, en ocasiones, fueran descubiertos por Sepla y Oro, quien se definía como funcionario español, más próximo a lo "hispanico" que a lo "indio". Por eso es preciso señalar que la movilidad que puede tener la etnicidad es comprensible en la medida que ésta puede servir para -como en el caso de los indios forasteros- evitar los tributos. Este punto es crucial porque, como señala el grupo de Baud, la etnicidad puede ser construida y donde se puede apreciar cierta intencionalidad. Y esa intencionalidad también está, como en el caso del Cacique de Licán, mantenerse en la nobleza indígena.

⁵⁰ Baud, op.cit 23

2.3 Los indios sublevados

El siglo XVIII se caracterizó por continuos levantamientos indígenas no solamente en la Real Audiencia de Quito sino en todos los territorios que conformaban la Colonial. Y no solamente era el anuncio de nuevos tributos sino que pesaba un ingrediente: una inminente crisis que las reformas no habían podido detener. Y algo más: los continuos y sistemáticos abusos por parte del poder colonial que motivó la resistencia indígena que tuvo que enfrentar la represión que incluía formas ejemplificadoras como cortar los miembros de los sublevados y enviarlos a todos los confines como escarnio.

Obviamente que Sepla y Oro estuvo presente, del lado español, para ajusticiar y reprimir cualquier intento de insurgencia. A diferencia de algún cacique que se proclamó Rey Indio, Sepla y Oro mostró desde su juventud estar dispuesto a defender a ultranza el poder Colonia.

Ya en 1764, con ocasión del movimiento subversivo indígena en la villa de Riobamba, el entonces joven Cacique de los indios de la Real Corona de Licán, se puso a favor de los españoles. Su prontitud en cumplir órdenes de las autoridades le llevó a prestar ayuda a los ministros que instalaban la horca, a intentar reducir a los amotinados y aun disparar piedras, según su declaración, contra los indios⁵¹.

Y en este punto es preciso señalar cuál fue la actitud de los blancos. Las condiciones anteriores de los caciques y sus propios argumentos económicos les

⁵¹ Moreno Yáñez, op. cit., p 231.

permitían cierta holgura en su relación con los funcionarios españoles. Sin embargo, Sepla y Oro, en ese momento, no tenía ninguna condición para ocupar algún cacicazgo. Acaso por esta condición encontró en los "servicios" a la Corona los motivos para ser reconocido.

Su acción fue premiada, sin embargo, por el desprecio de algunos vecinos blancos por su calidad de indio, por lo que Sepla y Oro tuvo a bien retirarse de su lado y salir al encuentro del Oidor Feliz de Llano, que venía desde Calpi, y a quien asistió de palafrenero.

Sin embargo, en esta primera aparición del lado de los "blancos" se nota claramente que Sepla y Oro inició el largo proceso de construcción de su etnicidad: pasar de "indio" a ser "socialmente" aceptado como parte de la esfera española, algo que lo conseguirá precisamente por sus contribuciones para detener las sublevaciones indígenas. Y esto es posible afirmar porque cada vez más los caciques del XVIII construyeron sus estrategias a lado de la "hispanización". Lo interesante de estudiar al cacique es comprobar que en él -y en muchos de los caciques- una movilidad étnica de identificación hacia lo 'hispanico' en desmedro de sus propias comunidades.

Recuérdese que las tres caballerizas de tierras que le proporciona el Barón Héctor de Carondelet son en "premio" a su ayuda indiscutible en aplacar las sublevaciones de Guano y de Columbe. Lo que se analizará más adelante es un tema decisivo: cómo Sepla y Oro utilizó lo jurídico –en el sentido de convertirse en un súbdito de la Corona- para realizar su estrategia de etnicidad, durante el siglo XVIII donde esta noción fue más flexible.

En su primera intervención, en 1764, es posible analizar otro aspecto. Aunque él quiere congraciarse con el poder "blanco" es rechazado y tiene que parapetarse el Oidor Feliz de Llano a quien sirve de palafrenero. Lo esencial de este capítulo en la vida del Cacique es que quienes fijan su identificación como indio son los "blancos". No tardarán muchos años para que esa identificación se trastocada cuando Sepla y Oro se convierte en una pieza clave para evitar que los indios sublevados incendien, como amenazaron, Riobamba. En ese período a ningún Corregidor se le ocurre menospreciar los servicios

del "indio" Sepla y Oro porque sus acciones habían surtido efecto: su aceptación como parte de la esfera española, merced a su lealtad. De allí, como señala Baud⁵², la etnicidad se considera como algo subjetivo, en el sentido de dependerán de las condiciones para que un individuo se reconozca o sea reconocido por el otro. La subjetividad también tiene que ver que en un momento esta etnicidad puede ser construida.

En la época estudiada no siquiera el aspecto "físico" denotaba una etnicidad específica, por ejemplo lo que sucedía con los indios que lograban entrar a las ciudades disfrazados de mestizos. Sepla y Oro tenía otras actitudes, valores y normas que lo alejaban de lo "indio" como el hecho de ser un representante de la Corona española.

En el inicio de su ayuda a la Corona se podría notar como esa identificación comienza a ser construida y que una y otra vez será objeto de reconstrucción y cuidado. mas, siempre en el sentido de esa "doble legitimidad" con un pie en lo 'hispanico'.

La intencionalidad de Sepla y Oro para lograr este propósito tuvo un argumento: la lealtad a la Corona y también a su comunidad. Licán, con Sepla y Oro al mando, participó activamente para detener toda intentona que subvirtiera el orden establecido. Sepla y Oro, en este caso de los indios sublevados, le dio a su comunidad la categoría de "leal" a los ojos del Corregidor de Riobamba.

Aunque al inicio su actitud represiva contra las sublevaciones no surtieron efecto se mantuvo en una línea constante. En 1777 tendría la oportunidad de demostrar esa lealtad. Según refiere Moreno, en ese año se alteraron la plebe y los indios de varios pueblos del Corregimiento de Riobamba, por la sospecha de que los padrones de la doctrina, que realizaban los curas en sus parroquias, eran de numeración y con el objeto de imponerles nuevos impuestos, designados en el lenguaje popular como "aduanas".

En forma inconsulta, el Obispo de Quito, Blas Sobrino y Minayo, dispuso el cumplimiento de la Real Cédula de 1776, "relativa a utilizar la burocracia eclesiástica para conocer el desarrollo demográfico de las colonias españolas, como paso previo a nuevas

⁵² Baud, op. cit.

reformas fiscales". Existieron tumultos en Calpi; amenazas de levantamientos en Cacha; la sospecha que los indios de Licto huirían a las regiones de Huamboya; aún los blancos y mestizos permitían que se apuntaran sus nombres por temor a la "aduana", porque creían que les pondrían nuevos impuestos y por este motivo amenazaron incendiar las casas de los numeradores.

En estas circunstancias, refiere Moreno Yáñez, acudió el Cacique Sepla y Oro, con toda su gente de Licán, e incluso convocó a los pobladores indígenas de Químiag, Cubijés, Calpi y San Andrés, con sus caciques y principales, para defender la villa de Riobamba, en caso de ser necesario, contra algún acometimiento, como entonces se recelaba⁵³.

¿Qué conseguía Sepla y Oro con esta actitud? Su estrategia consistía en ser parte del poderío Colonial y lo obtuvo. Manuel Pontón, Corregidor de Riobamba, puso a las órdenes del Cacique a las gentes de los mencionados pueblos. Sepla y Oro para el efecto había elaborado una lista de indios y mestizos para que colaboraran en la quietud de la república.

Esa colaboración con la justicia española y de manera especial poseer una lista de otros "leales" ponía en una posición clave al Cacique. En definitiva, si era el caso, podía decidir sobre la suerte ahora no solamente de los indios sino de los mestizos. Su posición, merced a la colaboración, cambia y su estrategia toma un nuevo curso: no es un indio quien colabora con la Corona sino un funcionario, a quien estiman en grado sumo, como se desprende en la carta enviada por el Corregidor de Riobamba:

Mi querido Don Leandro Sepla y Oro. Recibo tu carta, estimando tu fidelidad, y aunque ni allá, ni acá hay por ahora necesidad urgente; vien es que acá, y allá tengamos cuidado, por lo cual no dejes de embiar espías de satisfacción a San Juan y a Cacha, abizandome lo que huviere, que si

⁵³ Moreno Yáñez, op.cit.pag 239.

ocurriere novedad en esta Villa, te daré el Orden que corresponda. Nuestro Señor, te guarde muchos años. Riobamba, y noviembre veinte y tres de setecientos setenta y siete. Tu amante Corregidor. Pontón.⁵⁴

En esa movilidad étnica que es posible entender a Sepla y Oro, es en sus múltiples identificaciones, en sus reconocimientos y negaciones. Su estrategia de mantenerse como 'indio' cacique acaso le sirvió más a la Corona española que a él mismo. Después de todo, un súbdito leal 'indio' dispuesto a ofrendar su vida por las causa Hispánica no aparece todos los días.

2.4 Los hacendados despóticos

La labor del cacique debió topar intereses de los terratenientes y encomenderos, como sucedió en 1782. Como se desprende del estudio de Moreno Yáñez, la lealtad a la Corona no implicaba necesariamente una sumisión al poder regional, representado por Pedro Velasco y Vallejo, quien ordenó la captura de Sepla y Oro, "por deudas de tributos con algunos de sus indios, y no permitió que éstos se tuvieran en cuenta como parte del salario que su Cacique debía recibir, tanto por el trabajo de recaudar los tributos, como probablemente ser maestro de capilla".

Pedro Félix de Velasco y Vallejo era, para 1782, asentista de los Reales Tributos de todo el Corregimiento. Como señala Freile Granizo⁵⁵, fue un abogado y sacerdote que, al parecer, no ejerció ningún cargo eclesiástico. Anteriormente, en 1780, fue Administrador de Tributos de la encomienda de Licto y sus relaciones con el poder criollo se desprenden

⁵⁴ Moreno Yáñez cita una esquila que le envió el Corregidor Pontón a Sepla y Oro. Op.cit. pag. 239

⁵⁵ Espejo, Eugenio. "Defensa de los Curas de Riobamba, Francisco Eugenio de Santacruz y Espejo". Investigación, introducción y notas de Carlos Freile Granizo, con la colaboración de Carlos Paladines. Archivo Municipal de Historia, Quito, 1997.

desde 1767, cuando fue Procurador del Cabildo de Riobamba.

En esta confrontación con Velasco y Vallejo, éste no toma en cuenta que la deuda de tributos de cierta manera estaba saldada por Sepla y Oro porque como cacique que era había sido maestro de capilla. Esto quería decir que estaba obligado a enseñar en la escuela a cantar, leer, escribir y rezar a todos los hijos de los caciques y principales de los ayllus y demás indios del pueblo, como –según refiere Moreno Yáñez- estaba prescrito en las ordenanzas dictadas, para el pueblo de Licán, por el Oidor, Matías de Peralta, durante su visita a la provincia entre 1610 y 1611 (22). Como se muestra, en la época el poder era manejado arbitrariamente y las ordenanzas –hechas por la propia Corona- eran fáciles de omitir. Sepla y Oro muchas veces estuvo preso porque no siempre la Justicia regional estaba a favor del Cacique.

Esto demuestra que la construcción de su etnicidad no siempre surtió efecto, como en la época del Corregidor Pontón y las sublevaciones indígenas. Los sucesos con los hacendados demuestran claramente que no siempre es aceptada por todos por un motivo: el Cacique no tenía poder político sobre los hacendados criollos y las poderosas familias de Riobamba.

Es de suponer que las disputas con Sepla y Oro se dieron por el control de los indios tributarios pero de manera especial porque los criollos no veían con buenos ojos que un "indio" –como se verá más adelante- esté en iguales condiciones, en lo referente a las jerarquías peor aún en lo económico.

Por este motivo los terratenientes no aceptaban que la influencia del cacique de Licán afectara sus intereses –muchos de ellos ilegales- y utilizaron sus influencias para intimidar al cacique de Licán. La estrategia que había emprendido desde hace mucho tiempo y la cohesión con su pueblo le obligaba a defender a Licán de los embates de este poderoso sector a quien no importaba que el poder Central, desde Quito por ejemplo, tuviera preferencias con el Cacique.

Estos abusos de los terratenientes llegó a su punto máximo, en la confrontación entre Sepla y Oro y Martín Chiriboga, terrateniente y dueño del obraje de San Juan, y

hermano de María Chiriboga, a quien Eugenio de Santa Cruz y Espejo criticaría duramente en su *Defensa de los Curas de Riobamba*.

El mentado Martín Chiriboga era conocido en Riobamba "por su crueldad de la que hacía gala con los indios". Martín Chiriboga siguió un juicio sumario e incluso apresó a Sepla y Oro, en represalia a la justa representación que hizo este Cacique en defensa de su pueblo, con motivo de los trabajos realizados para conducir el agua desde el sitio de Macají, hasta el asentamiento de la nueva Riobamba. Como anota Moreno Yáñez, el Cacique fue fundamental para el traslado de la nueva urbe tras el sismo de 1797, y así lo hace notar uno de los artífices: Lizarzaburu. Por este motivo la actuación de Martín Chiriboga se entiende porque tenía aliados en el poder regional que aceptaron perjudicar a un Cacique en definitiva estaba colaborando para el provecho de ellos mismo y de sus familias. Y más, en la historia tradicional de Riobamba, los actos de Sepla y Oro –ayudar de su propio peculio para la acequia, donar los mejores terrenos para los riobambeños o evitar las sublevaciones- no han formado parte de su imaginario. Las historias regionales, como las de Jácome, se han limitado a preponderar la supuesta nobleza de los habitantes de Riobamba y sus apellidos ilustres, aunque muchos de ellos –como el caso de Lizarzaburu- tuvo intereses para que el reasentamiento sea en Tapi y no en Gatazo, porque se habrían afectado sus propiedades.

En el caso de la disputa con Chiriboga se nota, además, un profundo resentimiento con los indios, y por ende con uno de sus representantes Sepla y Oro. Cabe anotar que para Chiriboga la estrategia de "blanqueamiento" emprendida por Sepla y Oro importaba poco: no hacía distinciones ni índole jurídica porque, después de todo, el Cacique era un representante indio de la Corona española encargado de la protección de los indios.

Esta exclusión es preciso analizarlas también como una segregación étnica, en una provincia que ha sido mayoritariamente indígena. Incluso en términos jurídicos, la provincia fue "construida" a inicios de la Colonia para ser el centro de los obrajes y el pago de tributos.

Para ilustrar esta situación, baste mencionar la visión que tuvo un viajero de inicio del XIX, cuando pasó por las propiedades de Martín Chiriboga. Se trata de W.B

Stevenson, quien acompañaba a Ruiz de Castilla y que visitó las heredades de Martín Chiriboga:

Aquí pude ver al indio sudamericano reducido a la más abyecta condición de servidumbre y esclavitud en cuya comparación puede considerarse libre el esclavo de las plantaciones de la costa peruana. A estos desgraciados seres a los que se les ha robado su país, apenas se les permite existir en él; porque los explotadores sólo poseerían un inútil yermo sin su concurso: la fertilidad del suelo sería nula sin tener quien coseche sus frutos y los elabore; el oro y la plata dormirían el sueño de las montañas sin que un ser humano fuese empleado extraerlos. ¡Qué desdicha!⁵⁶

Stevenson refiere que Chiriboga les paga únicamente una miserable pitanza de catorce pesos anuales y diez para quien cuida un rebaño. Esta escasa remuneración, dice, está acompañada de látigo y más castigos corporales. Sin embargo refiere también que las telas trabajadas son de las más finas conocidas por él en América pero a un costo demasiado alto:

...diríase que el hambre, la miseria y la infelicidad han fijado su residencia aquí, visto lo cual la pena arrancaría lágrimas al corazón opreso; ¡mas la compasión no alienta en los avasalladores de los Hijos del Sol!⁵⁷

A este despótico terrateniente Chiriboga habría de enfrentar varias ocasiones el Cacique de Licán para defender a sus indios, aunque es probable que tratara de proteger

⁵⁶ Stevenson, W.B. El Ecuador visto por los extranjeros, siglo XVIII y XIX. Humberto Toscano, Biblioteca Ecuatoriana Mínima, Editorial Cajica. 1960

⁵⁷ Ibid.

más los intereses del poder colonial.

La estrategia de etnicidad y la búsqueda de reconocimiento con status de 'hispanico' está íntimamente ligada a su utilización política, como el hecho de tener privilegios personales y comunitarios, para acceder a ciertos recursos o librarse de cargas impositivas. En el caso de los hacendados criollos la estrategia de Sepla y Oro no surte efecto. Es como si ellos no aceptaran los cambios ocurridos en el Cacique ni los "servicios" que ha prestado a la Corona, peor aún que ha puesto hasta su integridad en evitar precisamente que los indios sublevados, en definitiva, atenten contra los intereses de los propios hacendados. El reconocimiento que buscaba para mantener su jerarquía social quedó maltrecha cuando los intereses –como es el caso de los tributos- estaban en juego. Si los intereses era la defensa de Riobamba bien podían las familias poderosas aceptar al 'indio' Sepla y a la comunidad de Licán. Para entender esa defensa que hacía el Cacique de su comunidad, Baud anota:

Dentro de las comunidades existen contrastes, que bajo ciertas condiciones pueden llevar a conflictos. Sin embargo, en muchos casos la comunidad es ante todo un grupo de presión que, pasando por alto las diferencias entre unos y otros, defiende los intereses comunales frente a los de afuera.

Ese vínculo que mantiene unido a Sepla y Oro y su comunidad es precisamente la lucha contra los terratenientes, aunque se desconoce si estas disputas finalmente surtieron efecto porque para 1803 el Cacique se encuentra pobre.

Justamente, dice el trabajo de los holandeses, como producto de esta lucha se genera una conciencia de normas y valores comunitarios, de una fraternidad mutua o de una solidaridad 'étnica'. Sin embargo, esa solidaridad 'étnica' en el caso de Sepla y Oro estaría cada vez más lejana por sus vínculos con la Corona. Los caciques de otras épocas eran reconocidos y legitimados en su comunidad por velar sus intereses incluso en desmedro de los suyos propios, pero para el caso del Cacique de Licán está demasiado ocupado en sus tareas en la esfera española para preocuparse mayormente de su comunidad y pero aún de la reciprosidad, como lo usual en los caciques del siglo XVI y

en las épocas anteriores a la llegada de los conquistadores españoles.

2.5 Los vínculos con la Corona

Tres caballerizas de tierra fue el pago a los más de 40 años de servicio, por parte de Sepla y Oro, a la Corona española. Los cargos honoríficos que le concedieron – Corregidor Perpetuo de Riobamba- estaban cargados más de obligaciones que de remuneraciones y aunque se podría pensar que esa "lealtad" no fue suficientemente recompensada es indudable que Sepla y Oro utilizó ese prestigio y esa alianza con el poder central, básicamente de Quito, para emprender sus luchas contra el poder regional, representado por los terratenientes.

Los vínculos con la Corona le significaron a Sepla y Oro actuar diligentemente en el control de su comunidad como también el adoctrinamiento, como era lo usual en los cargos de cacicazgo. Lo que no era usual es que un cacique recorriera media Audiencia de Quito capturando indios sublevados ni que estuviera presto a enviar 'espías' para aplacar las sublevaciones indígenas.

El aliado más importante que tuvo Sepla y Oro fue el Barón Héctor de Carondelet quien le concedió –casi al final de los días del Cacique- el premio que había esperado. Es a él a quien dirige la extensa carta para indicarle que Mariano Dávalos –parte de las familias poderosas de Riobamba- se ha negado a sentarse aduciendo que es un "indio". Los otros aliados del poder colonial están en el analizado Corregidor Pontón y en un personaje francés, Bernardo Darquea, a quien le pide una recomendación especial para acceder al cacicazgo.

Las acciones utilizadas con los funcionarios coloniales es la de un súbdito 'leal', que incluso tiene 'espías' para evitar las sublevaciones indígenas. Está preso a recuperar indios forasteros, trabajar en la reconstrucción de Riobamba, en definitiva cuidar que el Estado se mantenga. Por su parte, el poder Colonial utiliza estratégicamente al Cacique no

solamente como vínculo con su comunidad –que en ese momento no tenía mayor importancia- sino para empresas más eficaces: el control de las tensiones producidas a finales del XVIII. Un aliado que podía movilizar indios y mestizos de varios pueblos era bien visto por la Corona, que tardíamente lo reconocería.

Ahora, el punto crucial es saber si esa estrategia de etnicidad -es decir tener un aliado ‘indio’- utilizada por Sepla y Oro no fue una ‘opción’ de los funcionarios coloniales, como el caso del Corregidos Pontón o el propio Barón de Carondelet, quienes entendieron la importancia de tener un funcionario, el primero contra las sublevaciones y el otro para que compitiera con el poder criollo, de las poderosas familias terratenientes. Esto querría decir que, a veces, la estrategia de etnicidad que puede creer tener un individuo resulta que es una estrategia del propio poder, en el sentido que los funcionarios coloniales utilizaron al Cacique de Licán como vínculo con su comunidad por ser precisamente representante de la nobleza indígena y de esta manera podía convocar a indios e incluso mestizos para enfrentar las sublevaciones indígenas.

2.6 La comunidad de Licán

El historiador Federico González Suárez⁵⁸ reseña que después del terremoto de Riobamba de 1797 los primeros que acudieron fueron los indios de Licán, pero no precisamente para ayudar a los sobrevivientes sino para hurtar en medio de los escombros. Poco después de estos sucesos, llegaría su Cacique para, esta vez, colaborar en la reconstrucción y traslado de la Villa.

¿Existía cohesión en la comunidad de Licán? Es probable que en ciertos puntos coincidieran con el Cacique, básicamente quienes –como los indios- estaban en serio peligro de caer en desgracia. Esto explica que el pueblo de Licán, al mando de Sepla y

⁵⁸ Ibid, op. cit.

Oro, estuvieran involucrados junto con otros pueblos en los actos para reprimir las sublevaciones. No obstante, no todo el pueblo de Licán tenía un status ‘indio’, quienes incendiaron la casa del Cacique fueron mestizos.

La estrategia utilizada por Sepla y Oro en la comunidad tenía que ver con su posición como noble indígena, que era lo común en la designación de Cacique. Para legitimar su poder ante la comunidad no dudo en pedir autorización para utilizar pólvora, para la fiesta de posesión, en una época donde estas prácticas estaban prohibidas debido a las constantes sublevaciones. La presión que ejercía el Cacique en su comunidad era grande. De hecho, parte de los indios forasteros que eran capturados servían para aliviar la pesada carga de los tributos y el Cacique defendía a Licán del influjo de los terratenientes.

Como está mencionado, es improbable que Sepla y Oro hubiera respondido a las expectativas de Licán, primero porque la designación en desmedro del cacique reconocido y descendiente de Guaraca, acaso le crearon enemigos, como sucedió con el incendio de su casa. Lo segundo está en que Sepla y Oro estaba más ocupado en su acercamiento a la esfera española que en su comunidad a la que solamente utilizaba en caso de sublevaciones o cuando los riobambeños decidieron trasladarse a las llanuras de Tapi.

2.7 Los nuevos riobambeños

Sepla y Oro no perdió tiempo para conseguir nuevas alianzas. Esto ocurrió después del terremoto de 1797 donde perdieron la vida muchos de sus enemigos y otros tantos – como el caso de Martín Chiriboga- fueron afectados grandemente. Los nuevos actores sociales que participaron en la traslación de Riobamba encontraron en el Cacique de Licán un aliado indiscutible para sus fines, pero la estrategia que utilizó Sepla y Oro no sirvió ni siquiera para un reconocimiento histórico. Lo que le produjo es más bien una disputa con los mestizos, cuando entregó parte de las mejores tierras de Licán para los riobambeños que decidieron trasladarse a Tapi.

La situación se produjo a finales del siglo XVIII, porque tras la devastación de Riobamba, en 1797, Sepla y Oro se dedicó a ayudar al traslado de la nueva ciudad, a las llanuras de Tapi. Por este motivo, en 1799, se encontraba con José Antonio Lizarzaburu, asistiéndole en la construcción de la nueva villa cuando fue avisado del atentado contra su casa, donde aparte del dinero y enseres, se perdería –según él- un valiosísimo manuscrito que trataba sobre sus ascendentes, antes de la época precolombina y preinca.

...cuyo incendio se infiere –según el Protector- fue executado por los Mestizos del mismo Pueblo, indignados de que se haya Elegido este Lugar para la cituación de la Villa, y por eso procedieron al incendio de dicha Casa a la media noche, con el objeto quiza de que también el Casique suplicante pereciera en medio del incendio, del que por puro efecto de la providencia pudo escapar vibo⁵⁹.

Aunque Moreno Yánez señala acertadamente que la ayuda que dio Sepla y Oro era parte de las ordenanzas del Virrey Toledo –en lo referente al cuidado de las acequias por parte del Cacique- es evidente que Sepla y Oro fue mucho más allá y no solamente porque se encontraba a pocos kilómetros de la nueva Villa. Sepla y Oro arreglaba personalmente la acequia y al darse cuenta que dos indios –reservados del tributo- no cumplían satisfactoriamente, debido a su vejez, pagó de su propio peculio a dos indios para que cuidaran la acequia.

Esta acequia era vital para el nuevo asentamiento porque –como se desprende del trabajo de Rosemarie Térán Najas⁶⁰- había controversias sobre el lugar en que se asentaría la nueva villa.

⁵⁹ Moreno Yánez, op.cit.pag 245

⁶⁰ En el texto de Térán Najas, op. cit. se indica que Lizarzaburu prefería que la traslación se efectuara en Tapi porque en Gatazo tenía sus heredades.

Aunque las obligaciones de un Cacique eran, entre otras, el cuidado de las acequias, es claro que la estrategia de Sepla y Oro fue tener la voluntad de quienes trasladaron Riobamba que probablemente competían con el poder de los terratenientes. Sin embargo, aunque sus servicios fueron reconocidos por Lizarzaburu, siempre lo trataron como un subalterno para sus fines.

Lo que causa sorpresa para esta época es que pese a que ayudó al traslado, construcción de la acequia, donó terrenos de su comunidad, los mestizos quemaron su casa debido a estos motivos, no existió una gratitud de los riobambeños para con Sepla y Oro, como es el reconocimiento como uno de los artífices de la traslación.

Los historiadores tradicionales preocupados en la nobleza de las familias riobambeñas no han mencionado al Cacique indio que fue vital para la vida de Riobamba, a finales del siglo XVIII. Unicamente el trabajo emprendido por la Editorial Pedagógica Freire, a cargo de Carlos Freire⁶¹, ha permitido tener nuevas perspectivas de interpretación de la historiografía local de Riobamba, en lo que se refiere a Sepla y Oro.

La estrategia de etnicidad se produce porque Sepla y Oro desea mantener su status quo pero esta vez con el poder criollo. Al igual que lo haría con la esfera española, buscaba prestar sus 'servicios' y mostrar su 'lealtad' a este poder en plena emergencia. La estrategia de etnicidad debe ser entendida también como ciertos grupos se servían de la biparticipación jurídica hispano-colonial, en el sentido de que podían ir de la esfera indígena a la esfera española según la conveniencia de sus intereses.

En este sentido el Cacique utilizaba los argumentos concedidos por el poder Colonial para hacerlos prevalecer en la esfera criollo. Sin embargo, como se ha notado, la estrategia no surtió efecto al ser rechazado por Dávalos bajo la acusación de ser 'indio'. Esto podría ser explicado en el hecho de que los 'servicios' que prestó no habrían sido suficientes o que parte del poder criollo no entendió que también, como lo hicieron los funcionarios españoles, podían a utilizar a tan tenaz aliado.

⁶¹ Carlos Freire, que dirige la Editorial Pedagógica Friere, ha desplegado un trabajo a propósito de los 200 años de traslación de Riobamba.

CAPITULO III

3.1 La estrategia de etnicidad como una invención de la tradición

¿Por qué un cacique de finales del XVIII, que tenía un acercamiento hacia lo "hispanico", elige un día retornar a sus raíces precolombinas? ¿La estrategia de etnicidad es utilizada según diferente esfera? ¿Es válido ser "indio" cuando se está ante alguien que no pertenece al poder colonial? Estas son algunas de las interrogantes que se plantean para analizar el peculiar encuentro entre el científico alemán Alejandro de Humboldt y el cacique de Licán, Don Leandro Sepla y Oro.

Moreno Yáñez⁶², indica que las relaciones del Cacique Gobernador de Licán con el corregidor Xavier Montúfar fueron, sin duda, la razón para que Alejandro de Humboldt conociera y llegara a apreciar a Don Leandro Sepla y Oro. En su carta fechada en Lima el 25 de noviembre de 1802 y dirigido a su hermano Wilhelm, el sabio alemán hace una larga mención a su estadía en las comarcas aledañas al Chimborazo.

En Riobamba (al sur de Quito, en el camino hacia Lima) –dice Humboldt- permanecimos algunas semanas junto a un hermano de nuestro compañero de viaje Carlos de Montúfar, quien es allí mismo Corregidor. La casualidad nos proporcionó aquí un descubrimiento muy

⁶² Moreno Yáñez. op. cit., p 244

digno de mención. El estado de la provincia de Quito, antes de que el Inca Tupayupangi la conquistase, es todavía absolutamente desconocido. Sin embargo el rey indígena, Leandro Zapla, quien vive en Licán y que para ser indio es sumamente instruido, tiene en su poder manuscritos redactados por uno de sus antepasados del siglo XVI, los cuales contienen la historia de aquellos sucesos⁶³.

Resulta sorprendente que Humboldt se refiriera a Sepla y Oro como "Rey Indio". Por lo general, como ha estudiado el grupo de Baud, existieron quienes definiéndose de esa manera actuaron en las sublevaciones, especialmente en el XVIII, como la rebelión de Sebastián Gómez en Cancuc (Chiapas, que entonces pertenecía a Guatemala), de Jacinto Canek en Yucatán (1761), de Antonio Pérez en México central (1761), y las insurrecciones de Thupa Amaro II y Thuoa Katari en Perú y Alto Perú (1781). Baud no cita el amplio trabajo realizado por Moreno Yáñez sobre las sublevaciones del XVIII, precisamente las que Sepla y Oro ayudó a sofocar. Como se sabe, algunos caciques apoyaron estas sublevaciones y algunos se mostraron prestos a defender a los indios, como el caso de Don Ventura Guaraca, quien era el cacique de Licán y que con sus declaraciones en contra del Juez Numerador, Félix del Llano, dejaría abierta la puerta para la entrada de Sepla y Oro, en desmedro de Marcos Gainalema el legítimo sucesor de Guaraca.

¿Por qué Humboldt se refería a Sepla y Oro como "Rey Indio"? Al parecer, todo tiene que ver con los supuestos manuscritos que estaban en poder de Sepla y Oro hasta que unos mestizos, como él mismo aseguraría, incendiaron su casa y se perdieron irremediablemente. La pérdida de valiosos códigos habría de ser una constante en la historia ecuatoriana pero jamás se ha mencionado que esto también podría ser parte de una estrategia de etnicidad, es decir una invención de la tradición. Baud, citando a Hobsbawm, reproduce su concepto de tradiciones inventadas, de la siguiente manera:

⁶³ Ibid. p 239.

La peculiaridad de la etnicidad, siguiendo a Hobsbawm⁶⁴ es que su continuidad es principalmente facticia. En resumen son respuestas a situaciones nuevas que toman la forma de referencias a situaciones antiguas, o establecen su propio pasado mediante una repetición casi obligatoria.

Baud se refiere a que estas ficciones son construidas y señala que por este motivo no es casual que en la actualidad existan muchos trabajos para determinar en qué circunstancias se construye la etnicidad y cómo ésta es utilizada en términos políticos o económicos. Son los historiadores Hobsbawm y Ranger quienes introducen el concepto de invención de la tradición (*invention of tradition*) para indicar que costumbres aparentemente seculares son relativamente recientes. Esto podría encajar en lo que atañe al caso de los supuestos manuscritos que refería Sepla y Oro y que le contó Humboldt. La importancia de esta entrevista radica en que Humboldt tomó muy en serio las aseveraciones del cacique de Licán y esto trajo consecuencias insospechadas porque transcribió una aparente tradición de Sepla y Oro como si se tratara de datos científicos, justamente por lo que será criticado.

Cuando se entrevistó Humboldt con Sepla y Oro, éste se encontraba en uno de sus peores momentos. El Cacique de 65 años estaba cansado y no poseía bienes. Acaso había comprobado que la "lealtad" a la Corona española y el "prestigio" que tenía no solamente que lo habían dejado maltrecho sino que hasta sus enemigos había quemado su casa. Además, faltaba un año para que le adjudicaran las tres caballerizas de tierras por sus 42 años de "servicio" a la Corona. Es en estas circunstancias que se sucede la entrevista con Humboldt, donde Sepla y Oro muestra otra faceta.

Humboldt refiere que conoció "al rey indio, Leandro Zafla (sic), quien vive en Licán y que para ser indio es sumamente instruido, tiene en su poder manuscritos redactados por uno de sus antepasados del siglo XVI, los cuales contienen la historia de aquellos sucesos". Humboldt se refiere a la explicación que da Sepla y Oro de la explosión

⁶⁴ Hobsbawm, Eric J. Y Terence Ranger (comps) *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press 1983, citado por Baud. op. cit., p 20.

de los volcanes, en este caso del Nevado del Altar, "el que debió haber sido la montaña más grande del mundo, más alto que el Chimborazo, y que era denominados por los indios Capa-urcu (cabeza de los montes)⁶⁵.

En aquella época gobernaba en Licán, Uainia Abomatha, el último Cochocando independiente del país, según lo que le refirió Sepla y Oro a Humboldt y que sería retomado por Costales. Los sacerdotes le revelaron el significado pleno de infelicidad de esta catástrofe. "La esfera terrestre, decían ellos, cambia su semblante; otros dioses vendrán y expulsarán a los nuestros. No resistamos al dictado del destino".

Los supuestos de manuscritos y que Humboldt infiere que Sepla y Oro posee nunca han sido encontrados porque el Cacique indicó que durante la quema de su casa se perdieron. Es preciso anotar que otros "manuscritos" célebres están perdidos, como los de Jacinto Collahuazo, que únicamente fueron leídos por Juan de Velasco y los que habría accedido Alfredo Costales Samaniego para realizar su trabajo sobre la dinastía de los Duchicela, duramente criticada por Ernesto Salazar en su libro *Entre Fábulas y Mito, el Ecuador Aborigen*⁶⁶.

La importancia de esta visión de Sepla y Oro sobre su explicación de los fenómenos volcánicos está dada en que muestra claramente su influjo cultural indígena. En el caso de haberse mantenido –como siempre lo decía- como un cristiano defensor de los principios de la Corona había explicado estos acontecimientos desde otra perspectiva. Para la época Colonial, donde existieron infinidad de terremotos y erupciones, la explicación que daba la Iglesia Católica a estos hechos venía desde el concepto barroco de la expiación de culpas, como bien señala Rosemarie Terán Najas⁶⁷. La idea del pecado estaba presente y no era nada extraño que se realizaran procesiones –como por ejemplo la Virgen de La Merced, en Quito- para aplacar la furia de Dios. Es producto de esas mentalidades que se puede explicar la construcción de la santa criolla Marina de Jesús, quien fue la "ofrenda"

⁶⁵ Moreno Yánez. op. cit., p 244.

⁶⁶ Salazar, Ernesto, *Entre Fábulas y Mitos, el Ecuador Aborigen*. Cooperación Editora Nacional. 1998

⁶⁷ A propósito de las charlas efectuadas en la Universidad Andina Simón Bolívar.

contra las devastaciones naturales.

Además del concepto politeísta de Sepla y Oro señala que "otros dioses vendrán y expulsarán a los nuestros". Humboldt interpreta que esto se refiere a que se tratan de los peruanos que implantaron al Sol en lugar de las otras religiones. Lo que resulta inaudito para los científicos posteriores es que Humboldt no pusiera distanciamiento a los relatos de Sepla y Oro.

Acaso, buscó en la recuperación de la memoria ancestral volver a los antiguos tiempos precolombinos y preincas. Esto se desprende de una ulterior entrevista con el científico payanés José Francisco de Caldas a quien le dijo que antes de la erupción del volcán del Altar, el soberano de esos pueblos decidió establecerse al este, en Los Canelos, para lo cual convocó a todos sus vasallos.

Muchos no quisieron dejar el lugar de su nacimiento y perecieron en la catástrofe de Capaurco (el cerro del Altar). Añade, y esto es bien notable, que el imperio de este soberano se extendía hasta Cartagena; monstruosidad histórica, dice Caldas, contraria a cuanto sabemos por los historiadores de aquel tiempo. Y un hombre que cree semejantes absurdos como leídos en sus manuscritos, ¿merece alguna fe en lo demás⁶⁸.

El asunto parte de los códigos que habrían estado en poder de Sepla y Oro. "Ellos, dice Humboldt en su carta, están escritos en el idioma Pruguay. Este era en Quito antiguamente la lengua general, la que después cedió el lugar al idioma del Inca o Quichia, y que ahora se ha perdido completamente. Otro ancestro de Zapla, por fortuna, encontró placer en traducir estas memorias al español". Como se nota, el "Rey Indio", Sepla y Oro, trata de legitimarse por medio de una historia que puede ser verdadera o supuesta. Se transcribe, a continuación, una cita de Humboldt por considerarla estratégica para la comprensión de la estrategia de Sepla y Oro:

⁶⁸ Ibid, p 245.

Hemos obtenido de ellas noticias preciosas: especialmente acerca de la memorable época de la erupción del llamado Nevado del Altar, el que debió haber sido la montaña más grande del mundo, más alto que el Chimborazo, y que era denominado por los indios Capa-urcu (cabeza de los montes). En aquella época gobernaba en Licán, Uainia Abomatha, el último Cochocando independiente del país. Los sacerdotes le revelaron el significado pleno de infelicidad de esta catástrofe. La esfera terrestre, decían ellos, cambia su semblante; otros dioses vendrán y expulsarán a los nuestros. No resistamos al dictado del destino. En verdad implantaron los peruanos (en lugar de la antigua religión) el culto al sol. La erupción del volcán duró siete años y el manuscrito de Zapla pretende que llovió ceniza en Licán, de modo tan espeso y frecuente, que hubo allí una permanente noche de siete años. Si se observa la llanura de Tapia (sic) la cantidad de materia volcánica, alrededor de la entonces gigantesca montaña hundida (se encuentra ahora allí como partida, todavía con dos picos imponentemente altos), si uno piensa que el Cotopaxi varias veces y por espacio de 15 a 18 horas ha envuelto a Quito en tinieblas, se debe así conceder, que la exageración por lo menos no era acaso tan desmesurada⁶⁹.

¿Volcanes que erupcionan siete años? ¿Los sacerdotes que interpretan la infelicidad de la catástrofe? ¿Preñadillas, como se verá más adelante, que salen de la boca de los volcanes? Estas mismas preguntas se hicieron la siguiente generación de científicos alemanes que llegaron a Ecuador, ya no para encontrar los supuestos manuscritos de Sepla y Oro sino para constatar con sus ojos estos prodigios. Los hubo quienes, como Stübel y Reiss, contrataron al pintor ibarreño Rafael Troya para que los acompañara en

⁶⁹ Moreno Yáñez. op. cit., p 245.

sus expediciones por las montañas precisamente para desmentir a Humboldt. Lo propio lo haría Wolf, Caldas, y el también alemán Kolberg. Los dos últimos bajo un argumento: la invención de Sepla y Oro como la causa de la equivocación de Humboldt. Este es uno de los puntos vitales de la tesis: como una estrategia de etnicidad puede causar efectos insospechados como se ha referido anteriormente en tomar como datos científicos, como lo hizo Humboldt, a una tradición dicha por Sepla y Oro.

¿Qué buscaba Sepla con el retorno a sus supuestas raíces precolombinas? ¿Dónde quedó toda su estrategia de "hispanización?" Al parecer la construcción de la etnicidad también depende de quién es el interlocutor. Una cosa es reconocer como "indio" frente a su comunidad, otra muy distinta acercarse a la hispanización, en la esfera española y otra radicalmente diferente cuando se trata de un viajero como Humboldt, que no representaba a la Corona española y que incluso tuvo problemas para llegar a América, como era usual en todos los viajeros "extranjeros de Europa" que no pertenecían a la Colonia.

Es en este contexto que se analizará a continuación una estrategia de etnicidad de Leandro Sepla y Oro: el aparente retorno a sus raíces, entendida esta como cambiar sus postulados de "hispanización" para readecuarse a una aparente idea del poderío precolombino. Esto sucede a partir de la entrevista realizada por el científico alemán Alejandro de Humboldt, en 1803. Las consecuencias de esta entrevista se verán reflejadas en iracundos ataques de otros científicos –como Caldas, Wolf y Kolberg- a lo que ellos consideran como un "engaño" por parte del Cacique, que lleva al alemán a tomar demasiado en serio las declaraciones de Sepla y Oro y por este motivo ser, en cierto sentido, ridiculizado por los científicos mencionados. Sin olvidarse, claro está, del supuesto manuscrito –dicho por el Cacique, que inspiró a Humboldt y su aparente legitimación de una dinastía al probablemente él mismo proclamarse como Rey Indio. Esa "dinastía" sobre la base del "manuscrito" será retomado nuevamente en el siglo XX por el historiador tradicional Alfredo Costales Samaniego para presentar a un indio épico, representante del poder local, como lo haría también con los Duchicelas sobre la base de otro "manuscrito" escrito en lenguas antiguas e irremediablemente extraviado.

Sin embargo, antes de analizar este tema es preciso señalar que éste muestra precisamente la dinámica de la estrategia de etnicidad porque –aunque puede resultar contradictorio- Sepla y Oro no se define ante Humboldt como un funcionario de la Corona sino como un descendiente de los antiguos habitantes, incluso antes de la llegada de los Incas. Este hecho muestra un corte que permitiría entender otro factor: ¿la estrategia de etnicidad necesariamente se produce en la búsqueda de recursos y mantener un status o es también una invención de la tradición?

Y esto está relacionado a que, como señala Baud, en las postrimerías de la Colonia, sin embargo, disminuye la importancia de este cargo provincial (caciques mayores), en parte porque su función se restringe exclusivamente al prestigio, o porque los últimos que lo detentaron se consideraban más como pertenecientes al estrato social blanco-mestizo que al indígena.

¿Porqué Sepla y Oro se reconoce otra vez como "indio?" El tema es preciso analizarlo en las postrimerías de la colonia cuando los caciques pierden su posición privilegiada. Udo Oberem⁷⁰ señala que por lo general los pertenecientes a dichas familia "se diluyen en la reciente creada clase media, a la cual ya pertenecen, en razón de su posición económica. Salvo casos excepcionales, ya no son ni quieren ser conscientes de su origen indígena, y esto, porque el indio ocupa en ese momento el último lugar en el escalafón social"

Oberem, citando a Friede⁷¹, indica que en algunos casos y durante la colonia ya hubo ejemplos de miembros de algunas familias de caciques mayores considerados, bajo una perspectiva social, como blancos. Muestra como ejemplo el caso de una rama de los "Inca Salazar" de Otavalo.

Sepla y Oro durante toda su vida buscó precisamente ser reconocido como parte

⁷⁰ Oberem Udo, Don Sancho Hacho, un Cacique Mayor del Siglo XVI. Colección Pendoneros. Abya-Yala 1993.

⁷¹ Friede, J. En indio en la lucha por la Tierra. Bogotá. 1944.

del estamento blanco-mestizo y, acaso, su relato a Humboldt –desde lo "indio"- tenga que ver con su penosa situación económica y porque en ese momento no requería de una estrategia de etnicidad desde la esfera española.

Lo interesante, entonces, es mostrar como la estrategia étnica tiene una dinámica que permite a un individuo asumirse como blanco-mestizo y después como indio, para más tarde –según las circunstancias- tomar otra posición. ¿No sucede eso en las esferas de los dirigentes a finales del XX?

En este capítulo también se analizarán las consecuencias que puede llegar a producir una estrategia de etnicidad, como en el caso de la readecuación de la identidad, en el sentido de que en un momento determinado –por ejemplo cuando un individuo está en una condición desfavorable- se produce una reinterpretación de la tradición para acoplarla a unos intereses que a veces no están acordes con la historia. Esto se desprende de lo que Sepla y Oro relató a Humboldt y como después este los transcribió para mostrar una tradición errónea y una interpretación desacertada.

¿Por qué Sepla y Oro actuó así? Al principio de la investigación se creyó que él trataba de retornar hasta sus raíces prehispánicas e incluso preincas, porque su argumentación refiere a que los Purúhaes habrían llegado hasta Pasto y que la furia de los volcanes –como se verá más adelante- fue una suerte de castigo ante la invasión de las huestes incásicas. Sin embargo, tomando en cuenta otras situaciones similares, lo que habría tratado de hacer Sepla y Oro es únicamente –desde un logos diferente- burlarse del científico alemán. ¿No es un caso similar de lo que refiere Juan de Velasco cuando indica que es necesario ir con cuidado cuando se trata de información de los indios? ¿Jacinto Collahuaso, por ejemplo, no tenía también unos manuscritos que fueron únicamente leídos por el protohistoriador riobambeño? ¿No refería también Sepla y Oro a unos supuestos manuscritos que relataban la historia de sus ancestros, perdidos irremediabilmente durante el atentado que terminó con la incineración de su casa?

Aunque el tema de esta tesis no versa sobre ese logos burlón desde lo indio, si es importante mencionarlo para futuras investigaciones que puedan desentrañar que mecanismos mueven a algunos indígenas en su estrategia y, por supuesto, de

superviviencia.

3.2. Kolberg o el desmitificador de Humboldt

Joseph Kolberg⁷² era un jesuita alemán que llegó expresamente a Ecuador en 1871, ha pedido del presidente Gabriel García Moreno, para integrar la recién fundada Escuela Politécnica y Facultad de Ciencia de Quito. En sus cinco años de permanencia en el país se ocupó asiduamente en la enseñanza de física, matemáticas superiores, mecánica teórica y práctica. Se dedicó con interés al estudio de las erupciones volcánicas, su teoría de la formación de los Andes "en una palabra todos los fenómenos tectónicos incluidos en la amplia expresión "vulcanismo de la tierra". Además de publicar la Aritmética y Algebra – texto declarado como clásico- Kolberg, junto con Brugier, ofrecieron por primera ocasión el "espectáculo" de la luz eléctrica en el Ecuador, el 3 de junio de 1875. Es este personaje –y con esta escueta presentación- quien refutará en adelante a su compatriota Humboldt y lo transcribimos por estar estrechamente relacionado con los sucesos que detallan este trabajo.

Como científico se preocupó de explicar lo sucedido en Chimborazo, pero de manera especial de explicar que el relato de Humboldt, sobre lo que le contaron los sobrevivientes, no es tan digno de crédito por no tener una base científica sino una base más bien fantástica, y hasta del humor, "propia de los habitantes del Ecuador". A su juicio, el sabio alemán dio mucho crédito a "un indio muy astuto llamado Zefla", quien contó los detalles del terremoto, pero desde su propia realidad e imaginación. El indio Zefla no es otro que Leandro Sepla y Oro.

Transcribimos el relato de Kolberg por ser una pieza estimadísima para entender los hechos aquí narrados y que se desprende de su obra "Hacia Ecuador: relatos de viaje",

⁷² Kolberg, Joseph, Hacia Ecuador: relatos de viaje. Abya-Yala. 1998.

que recién en esta última década ha podido ser conocido y se incluye sus partes más importantes como anexo, para futuras investigaciones.

Lo que primero sorprende a Kolberg es que Humboldt señale que el terremoto de Riobamba costó la vida de 40.000 personas, aunque el historiador ecuatoriano González Suárez "más conocedor de la situación" dé una cifra de 20.000. El otro punto está en que por ordinario los terremotos consisten en movimientos ondulatorios pero el de Riobamba fue de abajo hacia arriba y no estuvo acompañado por ningún anuncio previo. Ese gran ruido, descrito por Humboldt, se sintió apenas 18 a 20 minutos más tarde y únicamente en el subsuelo de Quito y de Ibarra, a una distancia de 20 a 30 millas, mas no en Latacunga ni Ambato, ciudades situadas más cerca del epicentro del estrago.

El sacudimiento de abajo-arriba fue tan terrible, dice Kolberg –refiriéndose a lo que expresa Humboldt- que las "casas sólidamente construidas se hundieron en el suelo bajo la tierra circundante, y los habitantes de las mismas podían abrir las puertas en el interior, y antes de salir por medio de excavaciones, durante dos días pudieron ir de un cuarto a otro incólumes, encender la luz, alimentarse con las vituallas que se encontraban por casualidad y discutían entre sí sobre la verosimilitud de su modo de salvarse".

Pero el más terrífico de los fenómenos que acompañaron al terremoto constituyó la moya, una mezcla de carbón, cristales de augita y costra sílice de animales infuriosos que se levantó en Pelileo, unas cinco millas al norte de Riobamba. Cuando Humboldt visitó el escenario, cinco años después, aseguraba que vio las bolas de moya levantadas en la tierra "y notó cómo esta sustancia combustible en la choza de los indios era empleada como combustible"

Así más o menos, señala Kolberg, cuenta el gran naturalista (Humboldt) la catástrofe de Riobamba en muchas frases aforísticas de su imperecedero Cosmos. El benemérito sabio, argumenta Kolberg, dice que "he recopilado y narrado los hechos tomándolos de labios de los sobrevivientes en el pueblo y en el sitio mismo, con el más serio afán de la veracidad histórica", y por eso yo le creo todo lo que él ha visto con sus propios ojos, pero no lo que han oído con sus propios oídos".

Para explicar lo que ha narrado Humboldt, Kolberg encuentra un culpable: "el astuto indio Zepla", es decir Sepla y Oro.

Se sabe del famoso viajero que en Riobamba dio demasiado crédito a un indio muy astuto de nombre Zefla. Sus otras fuentes habrán contenido también aguas turbias, y si hubiera esperado diez años más tarde su libro de relatos y su pluma en las ruinas de la ciudad destruida, seguramente hubiera tenido sucesos más grandes para anotar⁷³.

Para entender esta situación Kolberg atribuye a que los habitantes del Ecuador se han distinguido siempre del modo más notable por la fantasía, el humor y genio o espíritu oratorio, y cuando este no tiene lugar en la interpretación científica de los "grandes hechos de la naturaleza", se los adorna y expone con tanto más entusiasmo al modo de las antiguas sagas y cuentos indios. Estas sagas estaban precisamente en poder de los manuscritos de Sepla y Oro.

Humboldt, dice Kolberg, no conoció estas dotes poéticas del pueblo en todo su alcance; son tales que un sueño o un fugaz pensamiento lo convierten en realidad. Con gente así no es fácil estudiar la historia, entonces vale rastrear detenidamente las fuentes más difundidas.

Para este estudio, tales sagas indias son parte de la estrategia de etnicidad utilizada por el cacique de Licán y cómo estas permitieron construir una realidad inventada para sustentar la legitimidad del Cacique aunque, como se ha dicho, de incalculables alcances. El propio Kolberg señala que muchos estudiosos copiaron a Humboldt y los sucesos de Riobamba despertaron interés en el mundo científico europeo, sin embargo "la exageración produce reacción, la cual a su vez cae en el peligro de negar o atenuar ciertos hechos reales, pues por la oscuridad en que están envueltas las causas de los fenómenos volcánicos, tema ya de por sí tan difícil, debió de resultar infinitamente más complicada".

Para continuar con Kolberg, que era vulcanólogo, acerquémonos a su crítica a

⁷³ Ibid. op. cit.

Humboldt: "La tierra del Ecuador, debido a los importantes trabajos y descripciones de Humboldt, ha reclamado la atención de los círculos científicos de Europa hace mucho tiempo"⁷⁴.

Esto es precisamente lo que se infiere de cómo una estrategia de etnicidad empleada por Sepla y Oro permitió, en definitiva, crear una nueva versión de cómo se veía a América, un continente signado por seres insignificantes y de una naturaleza inhóspita e insalubre, como lo detallarían los franceses. Esto se refiere a, como se ha dicho anteriormente, la invención de la tradición puede tener efectos insospechados: lo que para Sepla y Oro pudo ser una legitimación de sus ancestros precolombinos -en el relato de los volcanes- para Humboldt constituyó una prueba científica y para los futuros científicos un craso error del alemán.

Para situar este momento es preciso señalar que Humboldt, por una parte, precedía un cambio en los conceptos de mirar a América y su viaje, obviamente, no solamente fue la entrevista con Sepla y Oro.

Kolberg indica que un sinnúmero de grandes y pequeños autores han copiado al famoso escritor, y el mismo interés se extiende a las demás esferas de la vida. "Los grandiosos fenómenos de naturaleza volcánica, tan notables como en ninguna otra parte hasta ahora, que según el célebre sabio, presentan las cordilleras de Quito, tuvieron que entusiasmar a todos los espíritus y llenarlos de vivo fervor por explicar científicamente estos maravillosos hechos, con lo cual la teoría de los fenómenos volcánicos, tema ya de por sí tan difícil, debió de resultar infinitamente más complicada".

No deja de resultar interesante que la estrategia de etnicidad es muchas veces una construcción desde premisas que pueden ser falsas. Esa identidad, en el caso de Sepla y Oro, no ha sido aún aceptado pero no es imposible pueda ser retomada y reconstruida si es que sirve a algún proyecto político de reivindicación étnica.

Para entender esta dinámica, el grupo de Baud, señala el hecho que las fiestas de

⁷⁴ Ibid.

Pamplona que se creían databan de varios siglos son en realidad una invención del XX. Lo propio sucede con la falda orgullo de los escoceses, que en realidad es una invención de un inglés que introdujo el vestido de supuestas connotaciones célticas en 1707, o los trajes típicos de los gauchos argentinos que no es otra cosa que el percance de un barco que iba a Venecia pero que ancló en Buenos Aires, a inicios de siglo. El caso de Sepla y Oro -ya se ha visto- es la construcción de una región prodigiosa en fenómenos volcánicos, explicados como una causa de castigo de los ancestros, por la llegada de los Incas.

Lo que produjo los escritos de Humboldt en Europa deberían ocupar otro estudio. Es probable, como dice Kolberg, que muchos científicos, sobre todo alemanes, quisieron llegar a Ecuador para conocer estos prodigios. Como se sabe, muchos viajeros llegaron en el XIX para constatar si desde los volcanes salían los peces llamados preñadillas.

Y es el propio Humboldt quien relata:

Los peces de este río se multiplican preferentemente en la oscuridad de las oquedades; y cuando el sacudimiento que antecede a todas las erupciones de la cordillera de los Andes conmueve poderosamente toda la masa del volcán, se abren de improviso los depósitos subterráneos u de ahí se desbordan a la vez agua, peces y lodo de naturaleza de toba. Ese es el extraño fenómeno que ofrece el pequeño siluro de los cíclopes, o la preñadilla, habitante de la altiplanicie de Quito. Cuando en la noche del 19 al 20 de junio de 1698, se derrumbó la cumbre del Carihuirazo, monte de 18.000 pies de altura, de modo que solo quedaron en pie dos enormes cuerpos de roca de los bordes del cráter, sobrevino una capa de toba fluida y de estéril barro arcilloso revolviendo peces muertos por una extensión de casi dos millas cuadradas.

Asimismo siete años antes, en la ciudad de Ibarra vecina al monte, al norte de Quito, las fiebres pútridas se atribuyeron a una expulsión de peces del

volcán Imbabura⁷⁵.

"Mucha poesía en la explicación", dice Kolberg. "El hecho de que esta vez y también de cuando en cuando el río se ha colmado de preñadillas o peces pequeños, es un efecto natural, pero nunca ha sido en gran cantidad si no es por casualidad en algún sitio".

"Todo lo demás es cuento de los indios que se complacen en historias como éstas. Así, cuentan que el Carihuairazo y el Altar eran antiguamente mucho más altos y se hundieron: el Cotopaxi tenía antes una cúspide muy aguda, pero que en la primera erupción ella se proyectó en el aire y se la ve ahora en las faldas, algunos cientos de metros más abajo del cráter.

Esta explicación que da Kolberg también es parte de lo que le relataba Sepla y Oro al científico alemán para explicar porque los antiguos dioses castigaron a sus ancestros.

Dan noticias de grandes cavernas en los montes, en donde las preñadillas llevan una vida entretenida en hirvientes lagos, y que muchas veces estos inquietos pececillos han viajado por el cielo entre fuegos y llamas desde la cumbre del cráter del Cotopaxi y del Tungurahua y han aterrizado en la llanura a millas de distancia, pues la preñadilla tiene una vida muy tenaz⁷⁶.

Kolberg es un duro crítico de lo que él considera como "cosas traídas por los indios" a quienes, según su juicio, es preciso tener cuidado debido a que muchos autores científicos los han creído y han expuestos en largos ensayos aunque nadie ha visto jamás las cavernas de los montes.

Kolberg es aún más irónico. Señala que cómo es posible que los científicos crean

⁷⁵ Kolberg utiliza al propio Humboldt para después hacer su propia crítica sobre los supuestos fenómenos que el científico alemán descubrió en la Real Audiencia de Quito.

⁷⁶ Ibid.

tales argumentaciones si no han ascendido ni siquiera a los volcanes "a excepción de los recientes viajeros, el Dr. A Stübel, W Reiss, el Dr. Th. Wolf y Max v. Thielman, ha tenido el gusto de estudiar de más de cerca el cráter del Cotopaxi y del Tungurahua, para mirar cómo ahí las alegres preñadillas se les escapan al viejo padre volcán, saltando de las calderas embrujadas".

Pero no solamente Kolberg criticó a su compatriota. Entre los que refutaron a Humboldt se halla también el eminente sabio alemán Teodoro Wolf. En el libro de este autor titulado Geografía y Geología del Ecuador, Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1975, se puede leer:

Humboldt, que visitó las ruinas cinco años después, recogió muchos detalles que no todos son fidedignos. Así por ejemplo asegura que en esta ocasión perecieron 40.000 personas, número que según documentos auténticos de aquél tiempo, se reduce a 5 o 6 mil es el tanteo más alto para toda la Provincia.

Y otros se sumaron a desautorizar al trabajo de Humboldt y su informante, por ejemplo, el sabio granadino Francisco José de Caldas, quien visitó por esa época Riobamba, desestimó los relatos de Sepala por considerarlos una invención. El sabio payanés, como refiere Moreno Yáñez, visitó pocos meses después al mismo Sepala y Oro y he aquí su impresión:

Vi y traté a Zefla y Oro, y no Sopla, como escribe Humboldt. Nuestra conversación rodó sobre aquellos manuscritos de que hace mención ese viajero en la carta a su hermano, publicada en el número 18 de los Anales de ciencias naturales. Después de muchas preguntas he hallado que dichos manuscritos no existen; que se escribieron en lengua purugay; que

un abuelo de Zefla los vertió en lengua española o del país; que en esta los había leído Zefla, y que en un incendio de su casa perecieron. Cuenta cosas prodigiosas, entre ellas la erupción del Altar, llamado Capaurco (padre de los cerros), cuya inflación duró siete años. Antes de esta época formidable, el soberano de estos pueblos decidió establecerse al este, en Los Canelos, para lo cual convocó a todos sus vasallos. Muchos no quisieron dejar el lugar de su nacimiento, y perecieron en la catástrofe de Capaurco. Añade, y esto es bien notable, que el imperio de este soberano se extendía hasta Cartagena; monstruosidad histórica contraria a cuanto sabemos por los historiadores de aquel tiempo. Y un hombre que cree semejantes absurdos como leídos en sus manuscritos, ¿merece alguna fe en lo demás? Creo que a la sombra de unos manuscritos que no existen quiere establecer cuantas fábulas le sugiere la imaginación. Es cierto que no es Zefla un rústico, pero su instrucción no pasa de la de un artesano de Quito: habla nuestra lengua, lee, escribe, hé aquí su ciencia. Mejor sería mirar cómo una fábula los manuscritos y tradiciones de este indio: yo estoy persuadido que jamás han existido. Zefla dice que se escribieron en caracteres en purugay, y que de esta lengua se pasaron al inca. ¿Qué indio estaba en este estado al momento de la conquista?, Yo reservo muchas cosas para cuando haya tenido otra conversación con este indio, célebre solamente por la mención de Humboldt⁷⁷.

Justo es decir, dice Moreno Yáñez, que admiran las observaciones negativas y sus despreciativas del Caldas sobre Sepla y Oro, más todavía si se las compara con el juicio de Humboldt. Según sus "Diarios de viajes", el insigne sabio prusiano aparece como un agudo observador, que justiprecia el trabajo y cultura indígena y condena la explotación de la población aborigen por el sistema colonial.

⁷⁷ Ibid. Op. cit. 245.

"He recopilado –señala Humboldt- y narrado los hechos tomándolos de labios de los sobrevivientes en el pueblo y en el sitio mismo, con el más serio afán de la veracidad histórica", y por eso yo le creo todo lo que él ha visto con sus propios ojos, pero no lo que han oído con sus propios oídos, dice Kolberg.

3.3 La visión indigenista sobre Sepla y Oro

Es evidente que lo que buscaba Don Leandro Sepla y Oro era actuar en la esfera del poder español y ser aceptado como un "blanco-mestizo", para de esta manera poder controlar no solamente a su comunidad sino obtener una merecida recompensa a los duros años de alianzas con la Corona. Como se dijo, fue al final de sus días que fue recompensado con el soberbio cargo de Corregidor Perpetuo del Cabildo de Riobamba y con la adjudicación de tres caballerizas para él y sus herederos, que significaban unas 30 hectáreas. En un momento que la propiedad de la tierra por las continuas migraciones y desmembramientos significaba una parte sustancial. Como se ha dicho este "premio" no fue en ningún momento pensado porque era un cacique ni menos aún porque perteneciera a la nobleza indígena, que a comienzos del siglo XIX no tenía la menor importancia. La entrega de las tierras y su honorífico cargo se debió a su participación activa para evitar un sinnúmero de sublevaciones indígenas aunque el documento señala las de Guamote y Columbe.

La entrega de las caballerizas se produjo en 1805 y expresamente señala: "por su lealtad con que se portó en las sublevaciones de los Pueblos de Guamote y Columbe". Obviamente en la tardía Colonia muchos de los denominados caciques intrusos habían invadido la esfera del poder en detrimento incluso de sus propias comunidades y se comportaban como aliados indiscutibles del poder colonial y en el caso de Sepla y Oro su cacicazgo fue entregado no necesariamente porque pertenecía a la nobleza indígena precolombina o preinca, simplemente porque en esos momentos los caciques hereditarios habían sido arrastrados por sucesivas estrategias que unían a funcionarios españoles con

los intereses de los líderes indígenas, comportándose socialmente como "blancos", por lo que muchos de ellos incluso fueron ajusticiados por sus propias comunidades.

Aunque al principio se creyó ver que el Cacique defendía a su comunidad de Licán e incluso estuvo preso, esto podría significar que luchaba por sus propios intereses. Por eso resulta interesante analizar la visión que de él se da a mediados del XX, enmarcando su nombre a las antiguas familias preincas y prehispánicas. Incluso se llega a mencionar las stirpes de los Puruguayes y, obviamente, los supuestos manuscritos que contendrían las visiones de sus ancestros. Lo que resulta incongruente es que precisamente que el estudio biográfico que realiza Alfredo Costales Samaniego⁷⁸, entonces director del Museo de Historia de la Casa de la Cultura Ecuatoriana, es que el poder étnico que menciona no sirvió en ningún momento para velar por los intereses de los indígenas sino para ganar prestigio, por parte de Sepla y Oro, en la esfera del poder español. ¿Qué intenciones están atrás de colocar a Sepla y Oro con las antiguas dinastías? El trabajo que ha realizado Alfredo Costales Samaniego –en lo que se refiere a la stirpe de los Duchicelas- ya ha sido duramente criticado por Ernesto Salazar en su obra ya citada *Entre mitos y fábulas, el Ecuador aborigen*. Lo que resulta interesante es "leer" que también la estrategia de etnicidad puede ser modificada cuando se trata de vanagloriar al pasado. Incluso, cuando un personaje polémico es el punto central y más aún cuando hay supuestos manuscritos que nos relatan insignes proezas.

El propósito para realizar este análisis del texto de Alfredo Costales Samaniego está en entender cómo el proceso de estrategia de etnicidad no necesariamente puede ser percibido de la misma manera que el individuo que lo utiliza. Aún más, esa estrategia puede ser modificada a lo largo del tiempo cuando la matriz de quien analiza responde a otros intereses y visiones. Esto nos lleva a pensar que no necesariamente la estrategia de etnicidad es algo permanente sino que se trastoca a lo largo de la historia. En el caso del Cacique de Licán este hecho es evidente: Leandro Sepla y Oro, durante toda su vida, trató de asumirse socialmente como "hispánico", en lo que se ha denominado como un típico

⁷⁸ Ibid. Op.cit.

cacique ladino, en el sentido que su estrategia consistía en obtener prestigio, a toda costa, y réditos económicos en detrimento, muchas veces, de su propia comunidad. Lo ladino tiene que ver con la actitud sagaz y astuto de reacomodo a las diversas circunstancias.

Al pasar de los años, el Cacique ladino no solamente es comprendido -desde la visión de Costales- como un ilustre noble indígena sino que encuentra "méritos" para ser, por poco, el depositario de antiguas sagas, merced a unos manuscritos que ya fueron criticados por eminentes científicos como Caldas o Kolberg. Es la dinámica de cómo se asume específicamente esta estrategia lo que interesa y lo que preocupa: ¿la estrategia la definen los otros o cada individuo? ¿al pasar de los años la estrategia se fundamenta o se modifica? Estas preguntas son válidas para entender estas readecuaciones que aún tienen implicaciones donde supuestas "dinastías" indias están en juego. Nótese, por ejemplo, la reivindicación como indio del prócer de la Independencia, Eugenio de Santa Cruz y Espejo, cuando en realidad se trata de un mestizo, no solamente en el sentido cultural sino porque su madre era una mulata. Esa reivindicación actual como indio contrasta con la visión que se tenía de él, porque precisamente una de sus disputas fue cuando lo acusaron de indio. Aquí, como en el caso estudiado, se producen varios discursos: los personajes históricos no deseaban ser catalogados como tales -como indios- pero los historiadores tradicionales hacen de esas designaciones que les resultaban perjudiciales el basamento para ensalzar sus figuras. Esta práctica también oculta las verdaderas razones de esa estrategia de etnicidad y lo que resulta irónico es que es improbable, que en ese momento, una actitud de ese tipo les habría servido de algo. Por ejemplo, en la caótica y tardía época Colonial, los caciques no representaban las antiguas noblezas indígenas sino un entramado de relaciones con los funcionarios del poder español y los propios intereses cacicales. Entonces ¿por qué glorificar a estos personajes que no solamente fueron polémicos sino que en ningún momento defendieron a su comunidad sino que se alienaron a quienes tenían el poder? ¿Qué "méritos" encontrar en esos procedimientos? ¿Un cacique ladino tiene el espacio para una estatua?

A continuación se analizará las partes más substanciales de la sustentación de Alfredo Costales Samaniego y a reglón seguido se explicará la estrategia de etnicidad utilizada.

Se trata de Don Leandro Sefla y Oro, llamado también Curiciela, uno de los caciques más connotados de las estirpes indias de la Provincia de Chimborazo en el siglo XVIII. Su trascendencia en la historia local, no sólo está dada por la realeza de su origen, sino especialmente por los distinguidos servicios que prestó a la Corona Real, tanto es así que, en vista de sus méritos, de le reconoció la calidad de Regidor Honorario del Cabildo de Riobamba⁷⁹.

Así refiere Costales en *Leandro Sefla y Oro, Curicela. (1734-1810)*, en el número 116 del Organo de Difusión del Museo de Historia de la Casa de la Cultura Ecuatoriana.

No se conoce a ciencia cierta qué significado tiene la denominación de Curiciela y es improbable, como se ha explicado en los anteriores capítulos, que la supuesta realeza de su origen tuviera algo que ver en las actuaciones de este Cacique ladino.

Los "méritos" que se mencionan pueden ser sus actuaciones para aplacar sublevaciones indígenas contra el abuso del poder Colonial y capturar indios forasteros para traerlos a sus comunidades. Obviamente, esos "méritos" le sirvieron en su estrategia de etnicidad para ser reconocido socialmente como "blanco" y de esta manera acceder al poder colonial, que lo recompensó al final de sus días con tres caballerizas de tierra. La alianza con el poder le permitió además mantener su prestigio en sus designaciones como Cacique o Corregidor Perpetuo de Riobamba, además de que muchos indios forasteros capturados por él debieron pasar a sus servicios, como era usual en esa época.

Lo de la "estirpe india" hay que analizarla más detenidamente porque en ese momento muchos de los denominados "caciques intrusos" formaron parte del intrincado proceso de influencia, legitimada por los funcionarios coloniales. Y esa supuesta dinastía, como se ha dicho, es un tanto sombría por cuanto Sepla y Oro no le correspondía el cacicazgo de Licán sino al descendiente de Ventura Guaraca. Sepla y Oro, al ser

⁷⁹ Ibid.

nombrado por "méritos" del poder colonial se constituye en un cacique intruso.

La designación de Regidor Honorario del Cabildo de Riobamba no le significó pago alguno sino más bien muchísimos trabajos y en ningún momento constituyó una designación que -a parte de mantener su prestigio- era diferente para un Regidor español. Esa designación llega, además, cuando Riobamba está destruida tras el sismo de 1797 y acaso habría significado mayor peso si se la hacía en el siglo XVI, en el sentido de que la caótica situación colonial a inicios del XIX -cuando se produce la designación- no representaba demasiado.

Costales Samaniego refiere:

En la Protohistoria aparece su tronco de origen en el primer choque de la conquista cuzqueña, con el gentil Charco Chimbo, coetáneo a los Duchicelas de Cacha, los Llangurima de Calpi, los Matia de Naute y Punín, los Montán de Xunxi y los Chumos y Buestén de Lito⁸⁰.

En la crítica que realiza Ernesto Salazar al trabajo de Costales, sobre la estirpe de los Duchicelas, refiere: "Finalmente, en 1992, los investigadores Piedad y Alfredo Costales, los apologistas más comprometidos con la dinastía, publican *La real familia Duchicela*, un verdadero trabalenguas genealógico de difícil asimilación que pretende ser un estudio definitivo sobre esta dinastía. Tan "completo" se lo ve y tan satisfactorio a todos los linajes y sublinajes de la dinastía, que parece una investigación hecha a pedido de la misma familia".

Algo similar a las aseveraciones de Salazar se puede encontrar en el trabajo bibliográfico sobre *Sepla y Oro*, donde se lo emparenta con supuestas dinastías del Cuzco y de los Purúhaes. Y reiteradamente, Costales lamenta la pérdida de los manuscritos que habrían develado la historia de esta "dinastía". ¿El vanagloriado tiene "méritos" para representar al mundo indígena o es un funcionarios del régimen Colonial?

⁸⁰ Ibid.

En todo caso, si el lector espera ver en los documentos arriba mencionados rebeliones indígenas, movimientos de revitalización indígena o políticas de integración andina (porque los reyes Duchicelas lo son de todo el Tahuantinsuyo), se encontrará con decepcionante sorpresa: los emperadores Duchicelas son prosaicos y poco inclinados a acciones de gran aliento. Por cierto, no hay constancias históricas independientes que testimonien su paso por el mundo, o por el Tahuantinsuyo, excepto una tradición oral, cuyos únicos depositarios han sido Duchicela XXVI y los esposos Costales⁸¹.

3.4. Las consecuencias de la construcción de etnicidades

Hay un punto crucial que dilucidar: si la estrategia de "hispanización" utilizada por Sepla y Oro solamente era establecida cuando se trataba de defender su status ante los criollos y esta cambiaba se modificaba cuando era entrevistado por los científicos de paso. Esto se desprende porque las alegorías explicativas que da Sepla y Oro, por ejemplo, para entender las erupciones volcánicas tienen que ver con un aparente "castigo" de sus ancestros precolombinos ante la invasión de los Incas. ¿Por qué Sepla y Oro reinterpreta su discurso como "indio" mientras cuando es rechazado como tal –en la disputa con Dávalos- escribe su queja al Barón de Carondelet? ¿Es porque en unos momentos es conveniente ser "indio" y en otros no?

La estrategia de etnicidad, volviendo a su filosofía, se produce cuando un grupo o individuo está en disputa de recursos o cuando requiere de ella para acceder a ventajas que no lo lograría de otra manera. ¿Qué prerrogativas tenía el Cacique de Licán en un

⁸¹ Salazar también cuestiona la utilización por parte de la familia Duchicela en la esfera indígena.

momento, 1803, cuando sus largos esfuerzos a favor de la Corona no habían sido reconocidos y sólo lo serían dos años más tarde. Es evidente que en el momento de la entrevista de Humboldt, Sepla y Oro clama por una recuperación del poderío de los caciques precolombinos. Esta afirmación se basa en que los manuscritos que poseía Sepla y Oro –según Caldas- estaban escritos en puruguay, antes de la llegada de los Incas y que sus ancestros habían llegado hasta Pasto. Las dos situaciones improbables, como se desprende de los recientes estudios historiográficos que, como el caso de Ernesto Salazar, también han desmitificado los supuestos "quipus" de la dinastía de los Duchicelas, relatados por Alfredo Costales Samaniego.

Al retomar la idea planteada por el grupo de Baud es preciso recalcar que la etnicidad puede ser una realidad construida, con una historia que hay que reconstruir, en la que se puede apreciar cierta intencionalidad.

La movilidad étnica, además, surge cuando un grupo entra en contacto con otros. Por eso es importante que Sepla y Oro modifica su estrategia en el caso de Humboldt porque el científico no representa a la esfera española sino le interroga sobre sus ancestros. Las identidades étnicas, dice Baud, ‘surgen’ con la interacción de varios grupos (‘étnicos’). En estos casos la etnicidad es la ideología en la que toman forma las diferencias étnicas.

Un punto que podría ser estudiado con mayor detenimiento es el momento y las circunstancias de la entrevista de Sepla y Oro y Humboldt. En ese momento el cacique se sentía abandonado por los funcionarios Coloniales, habían quemado su casa, y tras el terremoto de 1797 él mismo sufría achaques por los largos servicios prestados a los riobambeños, que al parecer no retribuyeron sus sacrificios tal como él esperaba.

¿ La estrategia de etnicidad funciona cuando está de por medio también intereses económicos? Al parecer, Sepla y Oro comprendió -en ese momento- que sus largos años de esfuerzos no eran recompensados. Una hipótesis que no ha sido comprobada es que debido a la crisis que se presentaba en el poder Colonial, Sepla y Oro habría buscado mencionar al menos la posibilidad del retorno del poder de los antiguos caciques o al menos prefigurarlos. Esto se explicaría en el hecho de que Humboldt se refiere a él en

términos como Rey Indio, es decir también un reconocimiento desde lo étnico. Ahora, la construcción de un pasado es también parte de la estrategia de etnicidad porque de esta manera puede ser utilizado políticamente y socialmente. Estas repeticiones ficticias, como ha sugerido Hobsbawm⁸², son parte de una invención de la tradición que busca readecuar una identidad para una posterior utilización. Lo destacado del caso es que esta invención de la tradición estaba en manos del Cacique de Licán y no parecía formar un conjunto con la comunidad de Licán.

Siguiendo a Giddens se puede afirmar que los actores son ‘sujetos’ sociales (individuos, grupos) que conscientemente dan forma a su entorno social y lo hacen sirviéndose de reglas y procedimientos sociales existente que son independientes del actor en cuestión. Giddens⁸³, argumenta que la acción social o el comportamiento estratégico de los actores -individuos o grupos- cambia constantemente las características estructurales de una sociedad. Estas acciones, como se ha dicho, tienen efectos insospechados. De allí la importancia de entender cómo la estrategia utilizada por el Cacique sirvió de argumento no solamente a Humboldt y los científicos alemanes que siguieron sus pasos sino también como una construcción nostálgica de antiguas dinastías que no tienen más mérito que el de haber servido a la Corona española contrariando las esencias de sus propias comunidades.

Sin embargo, al ser una construcción que sirvió únicamente a Sepla y Oro se puede entender que esa construcción de identidad colectiva no se dio y por este motivo no existió tampoco una cohesión con la comunidad de Licán ni tampoco sirvió para su legitimación de una invención de la tradición. Es decir no fue un hecho grupal sino individual, como si el cacique únicamente hubiera pensado en una dinastía que pudiera gobernarse sola.

Es por este motivo acaso que la estrategia no sirvió para readecuar la identidad de la

⁸² Hobsbawm, Eric, *The Invention of Tradition*, Cambridge, Cambridge University Press. 1983, citado por Baud.

⁸³ Giddens, Anthony, *The Constitution of Society. Outline of the Theory of Structuration*. Cambridge: Polity Press, 1984, citado por Baud.

comunidad de Licán sino tuvo otros efectos: los escritos de Humboldt. Baud señala que la etnicidad se puede utilizar directamente tanto para cambiar una jerarquía social dada, como para mantener un statu quo. En lo que se refiere al caso de Humboldt se trataría de la búsqueda de un cambio de jerarquía, en el sentido de denominarse como Rey Indio y en sus relaciones con la esfera española un mantenimiento de su statu quo, al ubicarse en un lado más cercano a la "hispanización" que a los requerimientos de su comunidad. Después de todo, Sepla y Oro tenía muchos escenarios y sabía moverse como un actor experimentado que aún no se comprende en qué máscara estaba más reconfortado.

CONCLUSIONES

Desde el propio momento colonial el individuo andino se ha colocado máscaras. Se trata de toda una dialéctica de la simulación, del disimulo y del enmascaramiento que han formado parte importante de los procesos de construcción de identidades. Lo que se trata de olvidar se guarda... y lo que sale a flote no siempre obedece a procesos conscientes...⁸⁴

Este texto, acaso, resume lo acontecido con Don Leandro Sepla y Oro, el cacique de Licán de finales del XVIII, para entender esa dinámica de la identidad, esa ambivalencia que puede significar en un momento definirse de tal o cual manera, esa manera astuta de jugar al poder y entender al final que la partida está perdida.

Don Leandro Sepla y Oro, al final, no sabemos en cuál máscara se sintió más cómodo. De lo analizado se deduce que él no estaba consciente de la movilidad étnica como sí es posible armar en la actualidad un proyecto político de estrategia étnica de resultados políticos.

El análisis de los diversos momentos de la actuación del Cacique de Licán ha permitido un acercamiento a esa época colonial que ha prefigurado lo que acontece en el Ecuador actual. ¿Cuáles son las nuevas estrategias de etnicidad de los indígenas? ¿Cuáles son las nuevas máscaras que se imponen o se develan? ¿Cuáles son las identidades que construye el poder o niega? ¿Con qué propósitos políticos

⁸⁴ , Kingman Garcés, Eduardo; Salman, Ton y Van Dan, Anke. Culturas Urbanas e Identidad, Antigua Modernidad y Memoria del Presente. Flacso, Ecuador. 1999 pp 42.

se creará nuevos imaginarios? ¿En qué momento es importante ser indio o ser mestizo?

Como sucedió en la época colonial, los denominados forasteros tuvieron que huir a las ciudades de la opresión colonial y allí muchísimos optaron por un ocultamiento hacia lo mestizo, negándose incluso culturalmente.

Los individuos, dice Pujadas⁸⁵, del grupo minoritario (y sometido) reproducen una doble identidad, un doble sistema de normas de comportamiento (privado y público respectivamente). Esa doble identidad está presente en el caso del Cacique de Licán y los cambios de esfera sólo dependerá de qué intereses son los más adecuados. Sin embargo, la definición, por ejemplo como indio, también muestra una exclusión de la mayoría predominante en la época colonial. De allí que Pujadas indique que la realidad social es una creación de los actores sociales y no un realidad externa preexistente. Esa *construcción social* tiene que ver indudablemente con el poder. Entonces, para el caso estudiado, la definición como «indio» no necesariamente proviene de quienes se consideran como tales sino desde la esfera del poder español. Cabría preguntarse si, como sugiere Pujadas, el mantenimiento de la propia identidad y de su reproducción no es el resultado de la exclusión. Resulta muy significativo, señala este autor, que todos los ejemplos de movilizaciones «étnicas» coincidan con grupos humanos en situaciones de reproducción difíciles, en que los contornos del grupo étnico tiende a coincidir con los de clase o estrato social.

Ese «etiquetaje social» que se refiere Pujadas no es producto tanto de la autodefinición sino de la exclusión. Entonces, hasta que punto lo «indio», en el caso de Sepla y Oro, fue más allá de lo jurídico, en el sentido de su reconocimiento como parte de una nobleza indígena tardía pero con la brújula con dirección a la esfera hispánica.

⁸⁵ Pujadas, Joan Joseph. Etnicidad: Identidad cultural de los pueblos. Editorial Eudema, Madrid. 1993

La elección de tener como matriz la estrategia de etnicidad para estudiar el caso del cacique de Licán, Don Leandro Sepla y Oro, a finales del XVIII, trae dos vertientes para concluir: la primera es la estrategia planteada por el propio Cacique en relación al tiempo que le tocó vivir y la otra es las lecturas que de él se realizaron y las situaciones insospechadas que se desprendieron de las mismas.

En la primera instancia tenemos a un cacique que podría denominarse como intruso, a finales del XVIII, cuando se nota que esta jerarquía pierde fuerza y cada vez más están aliados a la esfera española para poder sustentar su status personal en detrimento de su propia comunidad. Este suerte de prestigio, como se ha visto, fue más contraproducente para el Cacique que para el poder Colonial, que en definitiva utilizó estratégicamente a este aliado importante en contra de las sublevaciones indígenas y lo convirtió en un cobrador de tributos, aunque tuviera pomposos nombramientos como Gobernador de Naturales de Riobamba o Alcalde de Indios éstos fueron nominales.

Más aún, el nombramiento de Regidor del Cabildo de Riobamba, proporcionado por el Barón Héctor de Carondelet, significó para Sepla y Oro el enfrentamiento del desaire con Mariano Dávalos, a la sazón Alcalde segundo. Como se ha dicho, el premio que recibió de la Corona no fue por su ascendencia de noble indígena sino por su contribución a aplacar las sublevaciones de Guano y Columbe. Esto será crucial para después poder enfrentar a los historiadores tradicionales como Alfredo Costales Samaniego que han querido ver en Sepla y Oro la conjunción de las dinastías de cuzqueña y purúha, además de vincularlo hasta con la mitología griega, algo bastante usual en Chimborazo donde en el libro de los Condorazos, de Borja, se afirma que en Guano está el paraíso terrenal y que desde allí se difundió la cultura egipcia. Algo parecido cuando Costales sugiere que los Argos -y por extensión Sepla y Oro- rememora la mitología griega.

Esta invención de la tradición, que habla Hobsbawm y Ranger⁸⁶, ha servido

⁸⁶ Ibid. Op. cit.

para analizar que la estrategia de etnicidad puede producir diversas lecturas.

La peculiaridad de la etnicidades, dice Hobsbawm, es que su continuidad es principalmente facticia. En resumen, estas ficciones, son respuestas a situaciones nuevas que toman la forma de referencias a situaciones antiguas, o establecen su propio pasado mediante una repetición casi obligatoria. Baud se refiere a que estas ficciones son construidas y señala que por este motivo no es casual que en la actualidad existan muchos trabajos para determinar en qué circunstancias se construye la etnicidad y cómo ésta es utilizada en términos políticos o económicos.

Por ejemplo, desde la entrevista con Alejandro de Humboldt, se creó un imaginario que permitió la difusión de un país lleno de la atracción de volcanes que producen erupciones de siete días, en medio de cíclopes y preñadillas. Esto, a diferencia de la visión que se mantuvo en Europa respecto a América -conocida como difusionismo cultural- permitió tener una imagen diferente, aunque también falsa. Atrás de ese proyecto -acaso sin saberlo- estaba Don Leandro Sepúlveda y Oro. A partir de la entrevista con Humboldt, otros científicos llegarán al Ecuador para desentrañar la invención: Caldas, Wolf, Kolberg, Stübel y Reiss, muchos de ellos culparán a Sepúlveda y Oro como el causante de las equivocaciones del científico alemán. Ver esta hilación, creo, ha sido el aporte más significativo de la tesis, porque se basa en un supuesto manuscrito que construye una identidad acorde con los intereses del Cacique, algo que puede ser estudiado en esta época cuando desde lo étnico se reclama derechos originales. Eso, comprender la estrategia de etnicidad para entender el tiempo presente, ha sido la perspectiva de este estudio, que prefigura lo esencial y abre nuevas interrogantes para futuras investigaciones.

Será preciso analizar también como se recrea los fundamentos del pueblo purúcha y si estos tienen, acaso, relación con otros postulados como las dinastías de los Duchicelas, al estilo de Costales aunque, obviamente, desde otros intereses políticos.

Esa invención de la tradición de que habla Baud podría constituirse en un argumento para buscar legitimar a un grupo que se siente excluido frente al poder

blanco-mestizo.

Un punto vital es entender que la estrategia de etnicidad utilizada por el Cacique fue en readecuar su condición a las situaciones que se presentaran, tanto para el caso de su comunidad, indios sublevados, indios forasteros, familias poderosas, hacendados prepotentes, clérigos y los funcionarios de la esfera española. En cada una de sus situaciones la estrategia fue matizada para saber que la etnicidad puede ser construida como parte de un acto de readecuación y sobrevivencia.

Se preguntó en un momento en qué máscara se sentía más conforme. Esto dependerá del momento. Acaso, al final de sus días, Don Leandro Sepla y Oro comprendió que su hispanización le servía más a la Corona que a él. Actuando como un cacique ladino, su astucia lo envolvió en las tretas de un poder que tempranamente entendió que tener aliados indios le permitía crear un puente para la explotación. Sepla y Oro sirvió para esos propósitos persiguiendo indios forasteros o conteniendo sublevaciones indígenas que precisamente luchaban contra ese mundo Colonial altamente despótico. Sepla y Oro fue más que un indio vestido con el cargo de funcionario español. La estrategia de etnicidad también sirvió para entender como, en un momento, los indios forasteros -siguiendo el trabajo de Powers⁸⁷- se convirtieron en mestizos, acaso negándose culturalmente.

Como ha dicho el grupo de Baud, la acentuación de la etnicidad puede constituir una estrategia, es decir, representar el producto de una elección consciente de un grupo de personas para alcanzar ciertos objetivos sociales. Sepla y Oro al acentuar su etnicidad como cacique indio también proponía ser el vínculo entre esos dos mundos. De allí que no se trata de negar la existencia de la etnicidad como factor importante en la realidad latinoamericana, sino relativizar su carácter supuestamente natural, como señala Baud. Porque la construcción de tal o cual etnicidad dependerá, además, de que el grupo se encuentra en una posición de

⁸⁷ Ibid.

desventaja respecto del poder o que ese mismo poder decida cómo definir al otro. Mas, la estrategia de etnicidad sirve para sobrevivir en un contexto donde la situación es de desventaja, es una manera de cierta manera de burlas a un sistema que resulta oprobioso. Algunos pueden hacerlo, otros se enredan en las tretas que el poder dispone para sus aliados, como el caso de Sepla y Oro. En la estrategia de etnicidad se puede entender que puede servir para cambiar una jerarquía social dada o como para mantener el statu quo, en el caso de estudio sería utilizada para esto último, aunque tratara de mantener los vínculos con su comunidad.

Lo que la tesis ha buscado es entender como desde lo indio se puede construir una estrategia que no solamente signifique luchas por los recursos sino incluso plantear que en esa construcción también puede estar la identidad, verdadera o supuesta. Al parecer, las tres caballerizas de tierra -unas 30 hectáreas- que le dio la Corona española por una vida de entrega fueron suficientes para Don Leandro Sepla y Oro, quien prefirió -a nombre de la lealtad- su status lejos de lo que en ese momento significaba ser indio. Y ¿qué significa ahora ser indio? Precisamente lo que trata de destacar esta tesis es que todo dependerá de la utilización y del escenario para presentarse como indio o como mestizo.

El aporte vital de la tesis es mostrar la construcción de los imaginarios en torno a un personaje como Sepla y Oro y no solamente lo que él hizo sino también las consecuencias que produjo y continúa produciendo. En el 2001 se celebra los 200 años de la llegada del científico alemán Alejandro de Humboldt al Ecuador y seguramente la polémica que desató esa entrevista con el Cacique de Licán estará en escena, acaso con nuevas visiones. Lo que al autor de la tesis le ha interesado son las manipulaciones y las aristas que de un personaje se puede realizar y cree que la identidad también puede ser una construcción a conveniencia y no solamente desde el poder sino básicamente desde la exclusión. Lo sorprendente también es que dependerá de las visiones que tenga quien se acerque a Sepla y Oro para lo encomie o lo fustigue, como si esa verdad única quedara desmembrada en una verdad fragmentada. Como si dependiera de qué orilla se sitúa el estudioso para entender a qué aguas alimenta y de allí a entender que la identidad es tan dinámica que en su

velocidad puede dejar a un individuo sin una identificación.

¿Por qué era importante, por ejemplo, para Sepla y Oro utilizar su "probanza" como cacique? Durante el enfrentamiento con la esfera colonizadora parte de la comunidad indígena –es decir la nobleza- debía legitimar sus derechos a los recursos precisamente en base a su etnicidad. Por lo general, dice el grupo de Baud, se legitima en términos étnicos su derecho a la tierra alegando la supuesta continuidad entre los habitantes originales y los usuarios actuales de la tierra.

Entonces, se defienden derechos "originales" con base a argumentos históricos. Sin embargo, para juicio de Baud, tiene una importancia secundaria si esa historia es "correcta". Para este grupo de estudio lo que es importante es sobre todo la aceptación, en confrontaciones sociales, de la legitimidad de una reclamación basada en la historia⁸⁸.

De allí ha la comprobación de que también el término "indio" era una definición jurídica, es decir de quienes pagaban tributos. Esto llevó a que muchos interpusieran juicios a los funcionarios españoles para reclamar su parte en el territorio comunal bajo el argumento de que en las listas constaban como indios tributarios lo que les permitía adjudicarse también derechos. De hecho, como indica Baud, sólo se consideraba indio a un individuo cuando pagaba el tributo en su pueblo o su comunidad, un impuesto individual. Con esto se vino radicalmente la biparticipación original entre los sometidos y los vencedores⁸⁹.

Para ilustrar la vinculación con la esfera española, como cobrador de tributos, Moreno Yáñez, hace notar la constancia expresa de sus títulos: "Cacique Principal y Gobernador de las Parcialidades de la Real corona nombrados Riobambas residentes en la Ciudad de Quito, Aciento de Otavalo, Villa de Ibarra y Pueblo de Licán de los

⁸⁸ Ibid. Pag. 30

⁸⁹ Ibid. Pag 38.

Macagies de este Corregimiento de Riobamba en otras respectivas de su mando⁹⁰".

Es plausible, entonces, que estos servicios que prestó a la Corona fueran premiados, como se dijo, con su designación como cacique más aún cuando esto significó arriesgar sus vidas: "de este modo ambos comisionados, con riesgos manifiestos de sus vidas, sacaron a la luz a 509 indios, "que se hallaban usurpando el Real haber con trage de Españoles en la ciudad de Quito⁹¹".

¿Y qué tiene que ver sus atribuciones en el cobro de tributos con la estrategia de etnicidad? Precisamente que esta actividad, llevaba a Sepla y Oro a ser reconocido como cacique, conservando de esta manera no solamente un status personal sino que en definitiva le permitía mejorar sus ingresos económicos y los de su familia. La estrategia estaba dada de buscar los mecanismos de apropiación de tributos aunque esto significara desplazar a los otros caciques y asumir, también él, un comportamiento hacia la esfera española. De esta manera estaba construyendo una etnicidad porque precisamente era diferente un indio disfrazado de mestizo que Sepla y Oro, un indio designado como cacique y exento de tributos.

La antigua nobleza indígena, en los siglos XVI y XVII, debían probar ser descendientes de la nobleza precolombina para ser considerados como caciques o secundarios. Sin embargo, para el siglo XVIII esa descendencia era difícil de ser demostrada. Para Baud los indios adinerados –en el XVIII- de los pueblos se podían presentar como caciques o principales. Sirviéndose de su riqueza los nuevos ricos supieron abrirse camino para pasar a formar parte de la élite india con poder político⁹².

La estrategia étnica está precisamente en cómo estos grupos se servían de la biparticipación jurídica hispano-colonial, según refiere Baud. Siguiendo a este

⁹⁰ Petición del Protector de naturales, Guano 10.09.1778; Certificación del escribano Ascaray, Riobamba 20.09.1178 (Ibídem, f.,6r.,8v.,9r.). citado por Moreno Yáñez. op. cit., p 233.

⁹¹ Petición del Protector de naturales, Guano 10.09.1778. op. cit., p 232

estudioso con frecuencia los miembros del estamento indio –al cual también podían pertenecer indios e incluso gente nacida en España- recurrían a la legislación específica a la que estaban sometidos. Por eso no es casual que los "indios" que no estaban en la esfera del poder desaparecieran de las ciudades "ocultándose".

Baud insiste en que la cuestión es que generalmente las categorías étnicas consideradas como "fijas" o cerradas (españoles, indios, castas), en realidad son delimitaciones jurídicas de estratos sociales sorprendentemente abiertos en la práctica; de ahí el fenómeno paradójico de la "movilidad étnica" individual⁹³.

Por este motivo es posible comprender que Sepla y Oro, de cierta manera, iba a contracorriente desde su situación de Cacique mientras muchos indígenas habían elegido las ciudades para perderse entre la población étnicamente no diferenciada. Baud argumenta que de la claridad original se pasó a la ambigüedad étnica, la etnicidad india se hizo "negociable". La identidad étnica pasó, entonces, a ser interpretada desde diferentes factores como culturales, jurídicos, sociales y económicos. Dependía de cuáles eran sus relaciones y sus estrategias para ubicarse en tal o cual estamento de la sociedad. Por este motivo el grupo de Baud señala: "se dice –exagerando un poco- que un indio en la ciudad sólo tenía que peinarse el pelo y ponerse un pantalón limpio para poder pasar por mestizo. En el caso del mestizo ambicioso estaba claro que, adaptando su estilo de ropa, le esperaba una clasificación como español⁹⁴".

El Cacique de Licán debía asumirse como indio para acceder al reconocimiento de su comunidad, aunque su "hispanización" fuera muy fuerte. Sin negar la pertenencia de Sepla y Oro a una familia casilla de la región de Licán y Calpi, como lo aseguran Pérez⁹⁵ o Costales Samaniego⁹⁶, Moreno Yáñez dice que es posible

⁹² Buad. Op.cit. pag 39

⁹³ Buad. Op.cit. pag 42

⁹⁴ Buad. Op.cit. pag 42

⁹⁵ Pérez Tamayo, Aquiles E., Los Puruhuayes, Tomos I-II, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1969-1970,

sospechar que su primer cargo no lo obtuvo por herencia directa, sino quizás como premio a sus faenas por descubrir tributarios ocultos, con los que probablemente se conformó, también en Licán, esta nueva parcialidad subordinada a Leandro Sepla⁹⁷.

Esto acerca aún más al cacique a la designación que Karen Powers hace de un cacique intruso, en referencia en que en anteriores períodos los caciques también negociaban con el poder español pero se guardaban de mantener un equilibrio con su comunidad. La diferencia del cacique intruso sería el alejamiento de "todas las expectativas andinas de un buen liderazgo" y el total desconocimiento de los intereses comunitarios.

Esto es evidente en el caso de Sepla y Oro porque aunque parecía defender los intereses de su comunidad, por ejemplo en las disputas con los hacendados, estaba más interesados en reprimir las sublevaciones o cobrar los tributos y, en definitiva, prerrogativas económicas para él y su familia, como lo consiguió –casi al final de su vida- con las tres caballerizas de tierra y el honorífico título de Corregidor Perpetuo de Riobamba.

Esta actitud de los caciques intrusos determinó, en última instancia, el colapso como institución efectiva: "los caciques se convirtieron en oficiales al estilo español que administraban grupos de indígenas dispersos en las haciendas y en las ciudades, transformaciones que dejaron a los pueblos nativos esencialmente casi sin liderazgo⁹⁸".

No se entiende de otra manera el hecho de que después de ocurrido el sismo de Riobamba fueran los indios de Licán quienes serían los primeros en ir hasta las

citado por Moreno Yáñez. op. cit. p 233

⁹⁶ Costales Samaniego, Alfredo, "Leandro Sepla y Oro, Curicela (1734-1810)", Boletín de Informaciones Científicas Nacionales, No. 115. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1983, 101-124, citado por Moreno Yáñez. op. cit. p 233

⁹⁷ Moreno Yáñez. op. cit., p 233.

⁹⁸ Powers Vieira, op. cit., p. 259.

ruinas y no precisamente para ayudar a los sobrevivientes sino a despojarlos de sus pertenencias, como reseña Federico González Suárez⁹⁹. ¿dónde estaba en esos momentos Sepla y Oro, quien después ayudaría a llevar la acequia hasta el nuevo asentamiento de Tapi? Obviamente, que las acciones del cacique tienen que ver con una estrategia consciente de un individuo para alcanzar ciertos objetivos sociales. El objetivo de Sepla y Oro era mostrar su lealtad a la Corona española y al poder local. Esto indica que no necesariamente la estrategia de etnicidad tiene que ver con un grupo social específico. Se puede tener un mismo origen real o supuesto, el mismo idioma pero los intereses pueden ser diversos. El caso de Sepla y Oro también sugiere el hecho que la sociedad indígena no puede ser catalogada en un espectro homogéneo sin reconocer la dinámica de la época colonial, donde los españoles –en cierto momento y para apropiarse de las tierras comunales- podían asumirse étnicamente como indios.

Para comprender sobre la opción que eligió Sepla y Oro es preciso retomar nuevamente la categorización de cacique intruso, que tenían el apoyo de la esfera española, como sucede con Sepla y Oro que obtiene el reconocimiento del corregidor de Riobamba, Pontón, por sus acciones para frenar las sublevaciones, o la posterior designación como Corregidos Perpetuo de Riobamba, suscrita por el entonces presidente de la Real Audiencia de Quito, el barón de Carondelet.

Los herederos legítimos, en el siglo XVII, eran demasiado pobres para defenderse en el sistema judicial español, refiere Powers y añade: "en contraste, los intrusos eran descritos una y otra vez como personas que habían llegado a las posiciones de liderazgo porque se habían convertido en ricos y ladinos¹⁰⁰ⁿ.

Esa designación de ladinos significaba alguien astuto y sagaz, tal como lo calificaría Kolberg, el científico alemán que llega en 1871 y critica duramente el

⁹⁹ González Suárez, Federico. Historia General de la República del Ecuador. Clásicos Ariel.

¹⁰⁰ Powers Vieira, op. cit., p 269.

trabajo de su compatriota Humboldt¹⁰¹. Sin embargo, la designación de la palabra ladino –en el sentido de mestizo- podía llevar a otros estudios porque un cacique del XII, Juan Punima se autocalifica como "ladino". Este cacique, estudiado por Pilar Cruz¹⁰², era un mestizo, hijo de padre indio y madre española, era muy versado en la legislación española y tenía características de hispanización. Además, cuando era conveniente podía asumirse como indio o ir a la esfera española, como otro caso de utilización de la estrategia de etnicidad.

Esto también sucedió en los casos estudiados por Cruz, de los caciques Punima de Latacunga: "se llama así mismo como "ladino" y sus oponentes lo señalan como "muy astuto y machinoso", cualidades que le sirven para incursionar abiertamente como empresario colonial. Su trayectoria manifiesta claramente el aprovechamiento de su condición de mestizo, así como su posición de autoridad étnica, la misma que será garantizada con una cuantiosa fortuna personal¹⁰³".

Sepla y Oro, desde su condición de cacique intruso también se comporta de manera astuta. Baste recordar su entrevista con Humboldt para entender que los supuestos manuscritos que hacía referencia es improbable que existieran.

En este punto es preciso señalar porqué Sepla y Oro estaría en la esfera de los intrusos. Como ha señalado Moreno Yáñez su designación se debió más a su colaboración con el poder colonial, aunque esto no contradiga que haya descendido de una estirpe indígena noble. Para 1786, con ocasión de confirmar sus títulos, el cacique presenta sus documentos al juez Fernando Darquea, un francés que llegó a América después de tener problemas con la Inquisición, como se verá más adelante.

¹⁰¹ Kolberg, Joseph. Hacia el Ecuador, relatos de viaje. Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Abya-Yala. 1998.

¹⁰² Cruz Zúniga, Pilar. "Caciques "astutos y machinosos": Resistencia y adaptación indígena en Quisapincha, siglo XVII". Tesis de Grado. Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Historia. Pontificia Universidad católica del Ecuador. 1996 Pag. 22

¹⁰³ Ibid. Pag 22.

Por ser hijo legítimo y primogénito de Don Valentín Sefla y Netela y de Doña Esperanza Sefla y Guaiña quienes sus padres y abuelos y demás ascendientes, todos fueron legítimos delineados del tronco principal, Doña Constancia Oro y Sefla y el petrucio, Cacique Gentil, Charco Chimbo, como se deduce del Plan y su genealogía partidas de bautismo y Testamentos incorporados en los títulos presentados¹⁰⁴.

Sepla y Oro, después de participar solícitamente en la instalación de la horca, para ajusticiar a los indios sublevados, y ayudar en este empeño a las autoridades fue objeto del rechazo de los blancos "por su calidad de indio". "Sepla y Oro tuvo a bien retirarse de su lado (de los vecinos blancos) y salir al encuentro del Oidor Félix de Llano, que venía desde Calpi, y a quien asistió como palafrenero¹⁰⁵". Y es en este punto donde se suscita lo que a la postre le permitirá hacerse con el cacicazgo de Licán.

Como sugiere Moreno Yáñez, Sepla y Oro dudaba de la lealtad del Cacique Gobernador de Licán, Don Ventura Guaraca, quien había criticado la actuación de Félix de Llano, el Juez Numerador.

Como parcial al grupo de terratenientes y adverso a los intereses de los indios y que incluso, en los días anteriores a la sublevación, habría expresado que él, como

¹⁰⁴ Petición del protector de Naturales, Riobamba 13.001.1786 (ANH/Q, Cacicazgos. Vol.87, 1786. Autos de Don Leandro Sepla y Oro, Cacique y Gobernador del Pueblo de Licán, sobre confirmación de dicho cacicazgo, f.1v.-2r. Citado por Moreno Yáñez. op. cit., p 230

¹⁰⁵ Moreno Yáñez. op. cit., p 231

Cacique, "estaba pronto a defender a sus indios y que berya en que paraban los de Riobamba¹⁰⁶.

La lucha por obtener el cacicazgo de Licán se produce cuando un tío de Sepla y Oro, Don Lucas Sefla, anciano y cacique de la parcialidad de Macaxí, reducida al pueblo de Licán, testa a favor de su sobrino por no tener descendientes.

Aunque el sucesor del Cacique de Licán, Ventura Guaraca, ya estaba en posesión y era Don Marcos Gainalema, el Presidente de la Real Audiencia, Josef García de León y Pizarro, el 31 de octubre de 1779, nombra a Don Leandro Sepla y Oro como Cacique Gobernador del pueblo de Licán¹⁰⁷.

Es claro suponer, como sugiere Moreno Yáñez, la designación se produjo tomando en cuenta los servicios que prestó Sepla y Oro más que su legítima designación como cacique y también sus alianzas con el poder español. Cabe señalar las gratísimas palabras que se dirige Darquea, el Juez, para con Sepla y Oro a propósito de su contribución al mantenimiento del orden colonial. De igual manera lo haría el Corregidor Manuel Pontón, a propósito de la defensa de Riobamba, donde el cacique tuvo una actuación prominente, convocando incluso a pobladores indígenas de Químiag, Cubijés, Calpi y San Andrés. El mencionado Pontón puso a órdenes de Sepla y Oro a todas las gentes de estos pueblos, "según las listas presentadas por el mencionado Cacique, a fin de que estuvieran dispuestos a colaborar con la justicia española en la común quietud de la república¹⁰⁸".

Si estos acontecimientos se produjeron en 1777, dos años antes de su confirmación como Cacique es fácil suponer que el legítimo Don Marcos

¹⁰⁶ Petición del Protector de naturales, Riobamba 13.01.1786 (ANH/Q. Cacicazgo, Vol.87, 1786. Autos de Don Leandro Sepla y Oro, Cacique y Gobernador del pueblo de Licán, sobre confirmación de dicho cacicazgo, f.1.v. Citado por Moreno Yáñez, op. cit., p 231.

¹⁰⁷ Moreno Yáñez, op. cit., p 231-232.

¹⁰⁸ Petición del Protector de Naturales, s.d.nov 1777, Certificación del Corregidor, Riobamba 08.11.1777 (AGI, "Estado, 72", Expediente, 137, f.3r.3v.,4v.-5v) Citado por Moreno Yáñez. op. cit., p 236.

Gainalema, tuviera alguna oportunidad para quedarse como sucesor de Don Ventura Guaraca.

Refiriéndose a los caciques intrusos Powers señala:

La toma de poder podría adoptar la forma de una designación como cacique en caso de que se pudiera comprobar o por lo menos falsificar una descendencia remota, o como gobernador, designación que en algunos casos era preferible, ya que esta última frecuentemente tenía a su cargo responsabilidades más importantes que los de un cacique¹⁰⁹.

Esta alianza con el poder colonial significaba que Sepla y Oro debía trabajar en la recuperación de los indios tributarios y conservar la lealtad para cuidar el equilibrio del sistema. De otro lado, sugiere Powers, los caciques intrusos serían una transición en la esfera política indígena. Ahora, esto no significa que Sepla y Oro fuera como otros típicos caciques intrusos que retornaban a sus tierras o era miembro disidente de su ayllu, sino que simplemente a él no le correspondía ser cacique de Licán. Es probable que si Don Ventura Guaraca no habría proferido sus afirmaciones en contra de la Villa de Riobamba y los blancos mestizos –delante de Sepla y Oro– habría legitimado también a su sucesor Don Marcos Gainalema. Pero lo seguro es que Gainalema no contaba con los recursos económicos para defender su cacicazgo ni había realizado "méritos" ni alianzas con el poder colonial para salir favorecido en la disputa por su nombramiento. Quien realizó esta movilidad social era precisamente Don Leandro Sepla y Oro.

Esta estrategia –es decir su afirmación como descendiente de la nobleza indígena y a la vez leal a la Corona– significó para el Cacique alcanzar sus objetivos deseados: prestigio ante la comunidad y posteriormente su paga de tres caballerizas, para él y su familia.

¹⁰⁹ Powers, Vieira, op. cit.

Al estudiar el caso de Leandro Sepla y Oro con una matriz de la estrategia de etnicidad se ha podido comprobar los diferentes momentos de este Cacique y sus movilidades étnicas en los diversos escenarios en que vivió. Algo que podría ser inconsciente pero que significó y continúa significando en la actualidad una suerte de ocultamiento. Es como si una gran máscara se colocara cada ocasión que se hablara de identidad, como si los individuos se reconocieran en sucesivas caretas que se colocan o se quitan según la ocasión. Porque Sepla y Oro es sólo parte de una estrategia, las nuevas máscaras del país ya no están colgadas en la pared.

BIBLIOGRAFIA

Baud, Michel; Koonings, Kees; Oostindie, Gert; Ouweneel, Arij; Silva, Patricio. *“Etnicidad como estrategia en América Latina”*, Ediciones Abya Yala, Quito, Ecuador, 1996.

Costales Cevallos, Alfredo, *Historia de Riobamba y su Provincia*. Casa de la Cultura de Chimborazo. 1972.

Costales Samaniego, Alfredo, *“Leandro Sefla y Oro, Curicela (1734-1810)”*, Boletín de Informaciones Científicas Nacionales, No. 115. Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1983.

Cruz Zúniga, Pilar. *“Caciques “astutos y machinosos”: Resistencia y adaptación indígena en Quisapincha, siglo XVII”*. Tesis de Grado. Facultad de Ciencias Humanas, Departamento de Historia. Pontificia Universidad católica del Ecuador. 1996.

Espejo, Eugenio. *“Defensa de los Curas de Riobamba, Francisco Eugenio de Santacruz y Espejo”*. Investigación, introducción y notas de Carlos Freile Granizo, con la colaboración de Carlos Paladines. Archivo Municipal de Historia, Quito, 1997.

Friede, J. *El indio en la lucha por la tierra*. Bogotá, 1944.

González Suárez, Federico. *Historia General de la República del Ecuador*. Clásicos Ariel, s.f.

Halpering Donghi, Tulio, *Historia contemporánea de América Latina*. Alianza Editorial, Madrid, 1972.

Hobsbawm, Eric J. Y Terence Ranger (comps) *The Invention of Tradition*. Cambridge: Cambridge University Press 1983.

Kolberg, Joseph. *Hacia el Ecuador, relatos de viaje*. Pontificia Universidad Católica del Ecuador. Abya-Yala. 1998.

Kigman Garcés, Eduardo; Salman, Ton y Van Dan, Anke. *Culturas Urbanas e Identidad, Antigua Modernidad y Memoria del Presente*. Flacso, Ecuador. 1999.

Marchán, Carlos. *Economía y Sociedad durante el siglo XVIII*. Nueva Historia del Ecuador. Epoca Colonial. Volumen Cuatro. Corporación Editora Nacional, Editorial Grijalvo. Quito. 1991

Morales Mejía, Juan Carlos. *Riobamba: del Luterano al Terremoto*. Editorial Pedagógica Freire. 1998.

Morales Mejía, Juan Carlos. *Riobamba: la Villa Peregrina*. Editorial Pedagógica Freire. 1998.

Moreno Yáñez, Segundo. “*Don Leandro Sepla y Oro, un cacique andino de finales de la Colonia: estudio biográfico*”. Contribución a la Etnohistoria Ecuatoriana. Colección Pendoneros, Banco Central del Ecuador, instituto Otavaleño de Antropología. Ediciones Abya-Yala. 1995.

Murra, John V., *The Historic Tribes of Ecuador, Handbook of South American Indians*, Vol 2, Smithsonian Institution, Washington, 1946.

Oberem Udo, *Don Sancho Hacho, un Cacique Mayor del Siglo XVI*. Colección Pendoneros. Abya-Yala 1993.

Pérez Tamayo, Aquiles E., *Los Purubuyes*, Tomos I-II, Casa de la Cultura Ecuatoriana, Quito, 1969

Powers Vieira, Karen. “*Prendas con Pies, migraciones indígenas y supervivencia cultural en la Audiencia de Quito*”. Biblioteca Abya-Yala 3. Quito, 1994.

Pujadas, Joan Joseph. *Etnicidad: Identidad cultural de los pueblos*. Editorial Eudema, Madrid. 1998.

Salazar Ernesto. *Entre fábulas y mitos, el Ecuador aborigen*. Corporación Editora Nacional. Quito, 1998.

Spalding, Karen W., “*De indio a campesino. Cambios en la estructura social del Perú colonial*”. Instituto de Estudios Peruanos, Lima, 1974

Terán Najas, Rosemarie, coordinadora. “*Historia de la Villa de Riobamba*”. Banco Central del Ecuador, 1986.

Terán Najas, Rosemarie, *Sinopsis Histórica del siglo XVIII*. Nueva Historia del Ecuador. Epoca Colonial. Volumen Cuatro. Corporación Editora Nacional, Editorial Grijalvo. Quito, 1991.